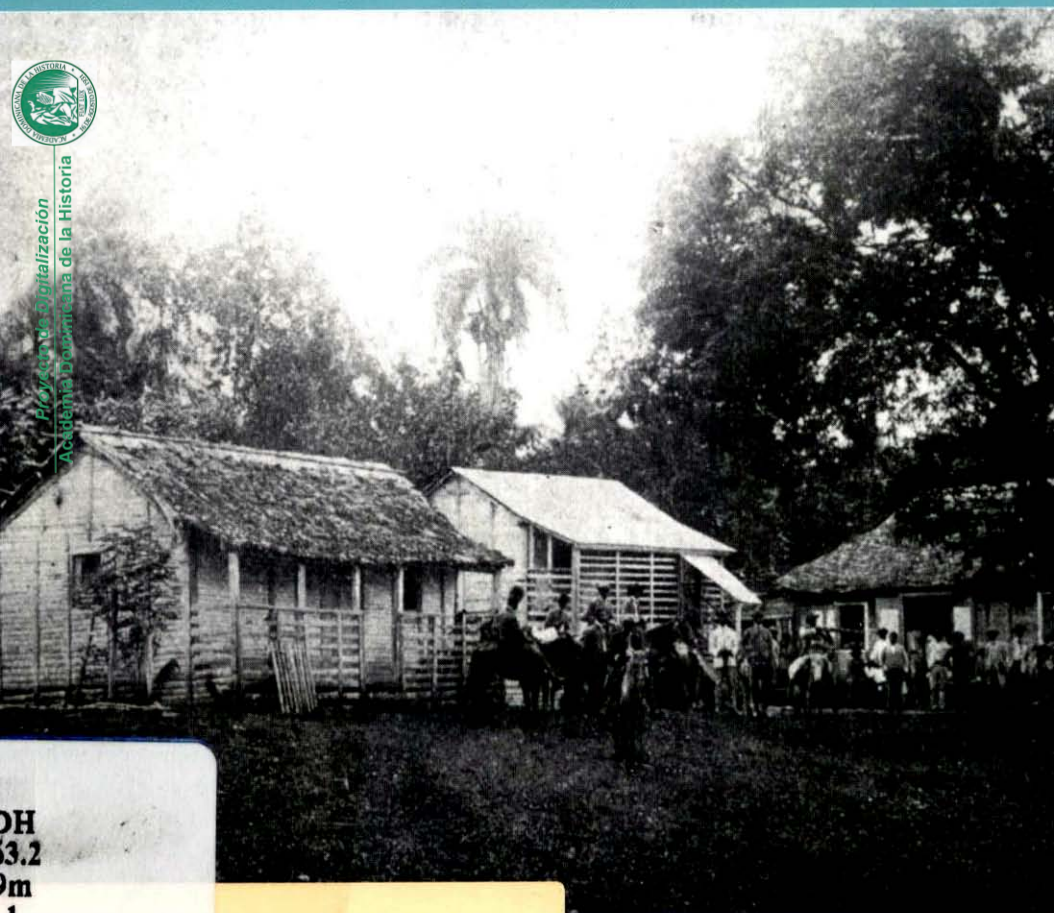


Archivo General de La Nación

El monterero

PEDRO FRANCISCO BONÓ



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DH
3.2
0m
1

Colección Juvenil, Vol. IX



PEDRO FRANCISCO BONÓ (1828-1906). Intelectual y patriota. Inició los estudios sociológicos de la realidad y la historia dominicanas. Como político fue defensor de la soberanía nacional y de la participación democrática del pueblo.

En 1851 fue fiscal, y diputado al Congreso en 1854. Al año siguiente ocupó el cargo de procurador fiscal del Tribunal de Justicia Mayor. Como legislador concibió la inmunidad diplomática, propugnó por un gobierno federal para enfrentar la centralización y las guerras civiles, planteó la reorganización del ejército y la creación de un banco nacional.

Llegó a ser responsable de la Comisión de Interior y Policía en el gobierno revolucionario de julio de 1857 y diputado al Congreso Constituyente de Moca hasta 1858. En este mismo año, salió exiliado hacia Estados Unidos a consecuencia del retorno al poder de Pedro Santana. A su regreso al país, fue designado para diferentes cargos en el gobierno restaurador (1863-1865).

Entre 1881 y 1886, Gregorio Luperón y otros líderes le ofrecieron la candidatura a la presidencia de la República, la cual rechazó en cuatro oportunidades.

Su narrativa y su ensayística favorecen la posibilidad de desarrollar una etnografía de lo cotidiano. Con su novela *El montero*, aparecida por primera vez en *El Correo de Ultramar*, de París, en 1856, dio inicio al género en República Dominicana y en ella se revela como un conocedor de las costumbres de su época.

Bonó es figura cimera del pensamiento social dominicano decimonónico y genuino representante de la actitud científica que tiene como paradigma al hombre común.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El montero



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Archivo General de la Nación
Colección Juvenil
Volumen IX

Pedro Francisco Bonó

EL MONTERO

Santo Domingo, R. D.
2017





Archivo General de la Nación
Colección Juvenil, volumen IX
Título: *El monterero*
Autor: Pedro Francisco Bonó

Cuidado de la edición y corrección: Daniel García Santos
Diagramación y diseño de portada: Harold Frías Maggiolo
Motivo de cubierta e ilustraciones interiores: «Vida en el campo siglo XIX»
Colección Roberto Cassá

Primera edición, 2017

De esta edición
© Archivo General de la Nación (vol. IX)
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz, núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-99-45-90729-2
Impresión: Editora Centenario S.R.L.

Impreso en República Dominicana / Printed in the Dominican Republic

Índice

Acerca de <i>El montero</i> . Roberto Cassá	9
Introducción a las lecturas históricas. Eliades Acosta	21

EL MONTERO

Capítulo I	29
Capítulo II	33
Capítulo III	39
Capítulo IV	45
Capítulo V	49
Capítulo VI	53
Capítulo VII	59
Capítulo VIII	65
Capítulo IX	73
Capítulo X	77
Capítulo XI	83
Capítulo XII	85
Sobre el autor	89





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

005300

Acerca de *El montero*

Por muchas razones este relato de Pedro Francisco Bonó debiera ser leído por todos los dominicanos, pues dio inicio al género de la novela en la República Dominicana. Fue una obra solitaria, al grado de que habría que esperar décadas para que aparecieran otras novelas en el país, como *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván, *Baní o Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini, *La sangre*, de Tulio Cestero, o las menos conocidas en la actualidad *Mi hermana Catalina*, de Virginia Elena Ortea, *En la copa del árbol*, de Ulises Heureaux Ogando, o *Madre culpable*, de Amelia Francisca Marchena (Amelia Francasci).

A pesar de su importancia literaria, *El montero* permaneció fuera del alcance de la generalidad del público lector hasta la segunda mitad del siglo xx. Apareció por primera vez en la revista *El Correo de Ultramar*, de París, en 1856, aunque presumiblemente fue escrita en 1851. Con posterioridad, Bonó no mostró satisfacción por su primera obra, lo que debió contribuir a que no volviera a publicarse. En 1968 Emilio Rodríguez Demorizi propició su inclusión en la colección Pensamiento Dominicano, que dirigía el librero Julio Postigo. Ya Rodríguez Demorizi había emprendido su labor de rescate de la obra de Bonó, que plasmó en *Papeles de Pedro Fco. Bonó*, volumen contentivo de la casi totalidad de su ensayística histórico-sociológica, además de otros textos fundamentales.

Raymundo González y, más recientemente, Julio Minaya han razonado la importancia de Bonó en la historia del



pensamiento social en la República Dominicana. Lo menos que ha de ponerse de relieve es que Bonó abordó por primera vez una consideración social sobre el devenir histórico del pueblo dominicano. Su punto de mira fue la evolución del mundo agrario, con el objetivo de explicar la génesis del campesinado, sector social al que atribuía el protagonismo principal en la constitución de la comunidad nacional. Desde finales de la década de 1870 abogó a favor de la protección del pequeño campesino, en respuesta a los asomos de la modernización económica capitalista. Consideró que el capitalismo establecido en el país tenía el signo del «privilegio» y tendía a una reducción de los campesinos a la condición de proletarios empobrecidos. En el «progreso», que celebraban casi todos los exponentes del pensamiento liberal, Bonó percibió un «desastre» que acarrearía la destrucción de la comunidad nacional.

Sin embargo, Bonó no era un reaccionario que persiguiera la reconstitución del pasado colonial, tal como todavía consideraba un segmento de los letrados de cosmovisión conservadora. Por el contrario, defendió la implantación de un orden democrático genuino. Precisamente, aquilataba en la génesis del campesinado el fundamento objetivo de la superación de la injusta y estéril colonización española. Descolló en tal sentido en episodios trascendentales, como los debates que concluyeron en la promulgación de la Constitución de Moca de 1858, la más democrática de las conocidas hasta 1963, o como uno de los adalides políticos de la guerra de la Restauración, iniciada en 1863. Cuando se encontró con la novedad de la fundación de empresas capitalistas, expuso la convicción de que la persistencia del campesinado no era incompatible con el desarrollo económico moderno, siempre y cuando primara un espíritu normativo de equidad, es decir, cuando se tornara efectivo un ordenamiento democrático en lo social y lo político.

Ya en la década de 1850, Bonó prestó atención al conocimiento de la población rural, hecho inédito en una época en que los pensadores liberales ponderaban el campo como



escenario de barbarie o atraso. *El montero* es una manifestación de esta incursión, pionera en la arena intelectual del país. Nacido en 1828, tenía menos de 25 años cuando debió concluir ese primer escrito dirigido a ser publicado. En sus primeros textos, de 1856 en adelante, como el opúsculo «Apuntes sobre los cuatro ministerios», con menos de 30 años, el campesinado se encontraba en el trasfondo del análisis político, aunque, como liberal ortodoxo que entonces era, centró sus disquisiciones alrededor de reformas institucionales, con vistas a que se superara el autoritarismo. El campesinado ganó mayor centralidad en sus análisis en una etapa ulterior de su pensamiento, tras una década de silencio, que culminó en el sobresaliente «Estudio sobre las clases trabajadoras dominicanas», publicado por entregas en 1880 en el periódico *El Progreso*, de Santiago de los Caballeros.

El montero quedó como obra relegada por su autor, que en el camino de su maduración adoptó el ensayo conceptual como medio de expresión. Es cierto que en su último escrito importante, *Congreso extraparlamentario*, escogió de nuevo la ficción, mediante los debates imaginarios de los representantes de una comunidad de libres e iguales, para de nuevo abogar por la causa del campesinado y fustigar a todos los gobiernos y a las clases gobernantes, a los que endilgaba el fracaso del ordenamiento independiente. Pero su primera novela marca la formación de una sensibilidad exploratoria del mundo rural, tan denostado e ignorado. Pese a ser entonces un liberal convencido, en ese texto encontramos el germen de la concepción afín con la corriente socialista cristiana que desarrolló después. Y, al mismo tiempo, estaban ya insinuadas las dudas que externaría sobre la aptitud política del campesinado. A partir de 1880, en paralelo con su condición de sociológico del mundo agrario, pasó a visualizar en la comunidad nacional un resultado *objetivo* de la acción del campesinado en el ámbito laboral. Por eso incurrió en el *despropósito*, para sus congéneres, de calificar al tabaco como



el verdadero «padre de la patria», por ser el producto que había viabilizado la conformación de la «clase trabajadora», el pueblo rural, y oponerse a las haciendas cañeras capitalistas que anunciaban la mejoría económica.

Tal reconocimiento no significaba que depositase confianza *política* en los campesinos. Por el contrario, en mayor medida que las «clases directoras» de políticos y empresarios, visualizaba al campesinado como impotente para emprender los cambios necesarios. Incluso tomó conciencia de que nada podría hacerse en tal dirección sin el concurso de una porción de los estratos dirigentes. Las protestas esporádicas de los campesinos contra la explotación social, en momentos de oscilaciones de precios, las calificó de estériles.

En *El montero* esta temática quedó ya prefigurada. Por una parte, ponderaba con simpatía el estilo de vida de los campesinos, como se plasma en las descripciones de sus medios de vida. Pero no era este el único sentido de la obra. Se puede adjudicar la admiración al mundo rural a la sensibilidad romántica, que sin duda formó parte de su educación literaria, aun cuando él no era tanto un romántico, sino un partidario de las certezas ilustradas acerca del avance cosmopolita del género humano. Paralelamente advertía un fondo de barbarie, materializado en la propensión a la violencia criminal. En torno a esto, prefirió dejar el problema a una resolución de corte filosófico que trascendía la narrativa de ficción, con lo que la novela se acercaba a la exposición de tesis sociológicas. El hecho está patente en la trama en su conjunto. En este entorno montaraz, el hábitat rural disperso, el primitivismo de los recursos para la vida y la ignorancia generalizada, implícitamente daban lugar a comportamientos que demandaban la acción represiva de los aparatos del Estado. El tema le generó tanta atención que hizo una crítica acerca de la incorrecta dualidad del sistema de autoridad en el campo: por un lado de imposición del orden y por otro de extensión del sistema judicial. Se puede leer que apreciaba con simpatía a los agentes del



orden, como los capitanes de partido, puesto que ponían coto al desbordamiento de las pasiones que se producía en los prolongados fandangos, que a menudo se saldaban en riñas con víctimas mortales.

Al margen de estos trasfondos analíticos, *El montero* contiene un valor literario intrínseco. Aunque la trama es simple, breve la extensión del texto y bastante limitada la definición de los personajes, cumple a cabalidad con el propósito de recoger el estilo de vida de la gente del campo. La empatía con que observó ese mundo dio lugar a que la novela adquiriera el valor suplementario, inherente por demás a toda obra literaria de valía, de informar sobre los contornos de su época. En buena medida, Bonó efectuó una radiografía de la cultura rural decimonónica. Este pequeño libro contiene un extraordinario valor para conocer lo que fue la vida del campesinado en el siglo XIX. Es probable que ninguna otra obra literaria o ningún tratado sociológico—incluidos los del propio Bonó— informen sobre el mundo campesino como lo hace *El montero*. A pesar del localismo de la narración, ubicada en la entonces remota costa del nordeste, en las cercanías del Gran Estero y otros puntos de Nagua, se puede apreciar el universo rural. Es probable que el aislamiento y el hábitat disperso de estos campesinos fuesen integrados adrede como expresión límite de un conglomerado social distante de los escasos centros urbanos, dotado, por consiguiente, de parámetros culturales diferenciados. Basta consignar la evocación de uno de los lugares en que se desarrollan los hechos: «Dos o tres casas esparcidas habitadas por monteros, un fuerte con un cañón y un pequeño arsenal...».

Es sintomático que el prototipo del personaje que provee el título a la obra fuese el del montero. También Raymundo González ha desarrollado tesis acerca de esta figura social, siguiendo no solo a Bonó sino a algunos autores posteriores, como Sócrates Nolasco. Esta novela traza el perfil del prototipo que simbolizaba el atrasado mundo rural. Aunque el montero tenía la ocupación de la cacería del abundante



ganado cimarrón, sobre todo porcino, en realidad formaba parte del campesinado. Se le muestra a través de dos de los personajes centrales: el delincuente Juan y el sanote Manuel; este último subordinado libre del productor agrícola y pecuario —denominado *criador*—, lo que refleja el predominio de la ganadería en este escenario tan distante de los centros urbanos, alrededor de los cuales comenzaba a florecer la agricultura comercial. El criador vendría a ser la misma figura ya popularizada del hatero, el ganadero de escala superior, aunque en este espacio marginal no se le adjudica al criador Tomás, el patriarca —padre de María, la esposa de Manuel—, una connotación social dirigente, sino que se le inscribe en el primitivismo prevaleciente. En la novela se capta que los excedentes comerciales con los que se adquirirían bienes en las ciudades provenían de la ganadería. Tomás retrata un sector de la población rural que alcanzaba cierta dignidad social y se podía dar el lujo de contratar peones. De manera que se advierte un rústico sistema jerárquico, dependiente del monto de reses que un padre de familia estaba en condiciones de explotar.

En todo caso, se aprecia la prolongación de un sistema de división social proveniente de la colonia, aunque en evidente proceso de desgaste. La ganadería descrita en la novela ya era un residuo de la que había existido entonces. El prototipo del hatero, el criador, aparece empobrecido en la minuciosa descripción de su modo de vida. Esos propietarios rurales, aunque distribuidos a lo largo de un territorio escasamente poblado, se conectaban gracias a comunidades culturales, lazos familiares (con enlaces matrimoniales) y su sucedáneo del compadrazgo. De todas maneras, tenía que aparecer la temática económica propia del siglo XIX, como el malestar de la población rural a causa de los elevados precios de los productos manufacturados que se adquirirían en los centros urbanos.

Los dependientes, ahora denominados monteros, habían superado la esclavitud y se habían hecho campesinos, todavía muy rústicos, que combinaban la agricultura de autoconsumo



con la crianza a pequeña escala y la cacería de reses bajo el manto del criador prestigioso.

Resulta evidente la persistencia de la herencia colonial. El modo de vida basado en la combinación de la crianza, la agricultura de subsistencia, la cacería de reses, la recolección y la fabricación artesanal hogareña de diversos útiles y enseres domésticos, recuerdan al pasado todavía reciente del Santo Domingo español de finales del siglo XVIII. Desde luego, se habían producido cambios de importancia, como la desaparición de la esclavitud, aunque no se registran en la narración, como es lógico. Otros cambios se pueden inferir de detalles aparentemente nimios, como el hecho de que la bebida que acompañaba los alimentos fuera el café, costumbre de escasas décadas, tras más de dos siglos de consumo del cacao. De mayor consecuencia literaria es que, en buena medida, la narración va siendo atravesada por una suerte de prontuario etnográfico del mundo rural. Esta tarea se acomete con maestría indiscutible, no obstante la ausencia de antecedentes literarios en el autor. El producto arroja una evocación marcada por la belleza y la capacidad de precisar rasgos del entorno.

Se han expresado críticas que subrayan los defectos de la obra, a menudo basadas en malentendidos que resultan de privilegiar los aspectos formales. Es el caso de las modalidades verbales que no se usaban en el país, lo que probablemente se puede atribuir, no a una falla de Bonó, sino a modificaciones introducidas por los editores españoles en París, que, como era común, no tomaban en cuenta las peculiaridades del idioma español en América. Por ello, los giros usados en la narración, no comunes entre los dominicanos, contrastan con la viva aproximación a las peculiaridades del medio. De todas maneras, como escritor novel, es probable también que Bonó se propusiera lograr un dominio «correcto» del lenguaje.

Entre las primeras impresiones que suscita el texto, resalta la evocación de la naturaleza, poco cambiada hasta entonces por la obra del ser humano. Detalla las especies de árboles,



como la uva de playa y la majagua, lo que permite inferir que el litoral debió ser muy distinto al de la actualidad por la ausencia del cocotero, cuya siembra comercial masiva se inició en las postrimerías de aquel siglo. El suelo pantanoso, atravesado por numerosos caños, propiciaba una exuberante vida silvestre, como lo refiere en uno de los primeros párrafos.

El Gran Estero, refugio de millares de patos silvestres, garzas y otras aves acuáticas, derrama, compitiendo con su origen, todas sus aguas en los valles de la falda oriental de la montaña y forma mil pantanos conocidos y llamados por los naturales Madres Viejas, en los que juncos, berros y grama crecen con una lozanía extraordinaria.

Como parte del paisaje, el bohío, vivienda tradicional, está bien descrito en el capítulo II. Estaba fabricado a base de horcones, varas y soleras, agarrados a las paredes de tabla de palma con bejucos. Las formas de las puertas variaban, entre otras cosas con el propósito de que no penetraran los mosquitos.

El bohío no tiene más que un seto interior que divide el aposento de la sala. En esta última se come y se hacen todos los oficios caseros concluyendo por servir de noche de dormitorio a los peones del patrón. El primero está únicamente dedicado al reposo del amo de la casa, su mujer e hijos, y sus muebles son los siguientes: una barbacoa más ancha que aquella de la sala, sobre la que está tirado un colchón relleno, unas veces de hojas de plátano, otras de lana vegetal [...]; otra barbacoa del mismo tamaño con un cuero de novillo por colchón [...]. La ropa de gala está guardada en un cajón carcomido y en una o más petacas de yaguas; la de trabajar está colgada delante de las camas sirviendo de cortinas [...].

Sigue la descripción de los protagonistas, seres de la Arca tropical, pobres, rústicos e inocentes, alguno con fisonomía



dudosa, que llega a sugerir al tipo delictivo luego expuesto por Lombroso. Juan, el montero que se hace forajido, es descrito como sigue:

Nada hay más tosco que la fisonomía de este individuo: la grande y poblada barba que circuía su ancha y aplastada cara, caía sobre su velludo pecho y le daba el aire de un escapado de la cárcel, sus narices eran chatas y su boca grande y gruesa, en fin, un conjunto feo, pero que denotaba fuerza y salud.

Va más allá en sus objetivos cuando describe la indumentaria de Manuel, uno de los dos monteros:

[...] chamarreta de burda tela de cáñamo con calzones de lo mismo sujetos a la cintura por una correa con su hebilla de acero, machete corto de cabos de palo y vaina de cuero, cuchillo de monte, eslabón de afilar pendiente de la correa y con una cadenita de hierro [...], cubría su cabeza un gorro de paño que en su primitivo origen debía ser negro [...].

Juan, el otro montero, en cambio,

en lugar de tener los pies desnudos y la cabeza cubierta con un gorro de paño, venía calzado con botines de garras de puerco montés, cosidas con corteza de majagua y se cubría con un pañuelo de cuadros azules enlazado detrás de la cabeza [...].

Recoge, asimismo, las costumbres de estos personajes, como el rezo obligado del Avemaría y la inmediata solicitud de bendiciones al patriarca por parte de los niños. Más adelante abunda en otros usos, como las técnicas de la seducción, que culminaban con la prueba final, consistente en que el galán



pisaba un pie de la doncella y era respondido con una bofetada en señal de aceptación.

El fandango, momento máximo en el que se manifestaba el sentido del goce de la población rural, queda descrito en página insustituible. Aclara que el fandango no es ninguna danza en particular, sino «mil danzas diferentes» en una fiesta prolongada, amenizada con músicos profesionales, uno de los cuales era el cantor, que tocaban tiples, cuatros («instrumento de doce cuerdas en que alterna bordones y alambres y de sonido un poco bronco»), güiras y tambora. También se podían recitar salvas y décimas en «desafío». Los ritmos prevaecientes entonces estaban todos basados en instrumentos de cuerdas, como el sarambo y el guarapo, muy parecidos salvo en detalles menores.

La mujer se levanta sin previa invitación y se lanza girando alrededor del circo donde pronto la acompaña un hombre destacado del grupo de la orquesta; ella va ligera como una paloma; él va arrastrando los cabos de su sable y marcando el compás ya en precipitados, ya en lentos zapateos; la mujer concluye tres vueltas circulares, y entonces avanza y recula hacia el hombre que la imita siempre a la inversa [...].

No podía faltar el «banquete» como complemento del fandango, con el puerco en pulla como elemento central.

[...] acababa de darse la última mano a los guisados por un enjambre de pobres monteras transformadas en cocineras, pero a quienes este oficio no privaba de participar a todos los regocijos de la fiesta. En medio de ella descollaba el lechón del compadre Feliciano, grueso animal que podía pretender mejor el título de jabalí [...]. El viejo anunciado para guisado, anciano de perpetuas soletas, daba vueltas al asador de guayabo en que estaba espetado, descansando sobre dos horquetas del mismo



palo [...]. La grasa chirriaba al caer en las ascuas y el pellejo había adquirido ese color dorado que prueba tanto lo bien cocido como lo esponjoso y delicado. La batería de ollas y calderas en que andaban las ya dichas cocine- ras, despedían el humo de diferentes manjares. Aquí una enorme cazuela hervía aún después de ojeada con el sa- broso sancocho. Allá una gran caldera recibía el negro y aromático licor [...]. Acullá, en una hornalla, especie de hornote descubierto, se veía un semicírculo de plátanos medio maduros, ya tostados y cocidos [...]. El cazabe que hacía un peón en un burén ayudado de su paletilla y de la concha de tortuga, el arroz, las gallinas ya adobadas [...].

La boda era una ocasión solemne, tal vez la máxima, que se celebraba en el punto urbano de residencia del cura. Para la ocasión, se utilizaban las mejores prendas:

Los hombres vienen de gala, sombrero de fieltro o ya- rey, pantalones holgados, chaquetas de paño con hile- ras de botones de metal y zapatos de cordobán a cuyos talones están calzadas espuelas de sabaneros. Los jóve- nes traen los chalecos que fueron de sus abuelos; los viejos, enganchadas por precaución detrás de la oreja, una pipa de corto tubo, pero todos vienen en sillas un poco decrepitas cuyas fundas dejan relucir la cabeza de una o dos pistolas dedicadas, no a la defensa del indi- viduo, porque el largo sable que cada convidado tiene en la cintura pendiente de un blanco cinto de algodón tejido por manos criadoras, basta a la de cada cual [...]. Las mujeres están vestidas de muselina o zarazas, van a horcajadas sobre aparejos primorosamente trabajados con embutidos de grana y llevan los pies zambullidos en árganas de yarey finamente tejidas; para resguardar- se del sol se cubren con gorras de fieltro hermoseedas con plumas prendidas a una hebilla dorada o con som- breros de yarey sin atavíos.



Tras una jornada de catorce leguas, al entrar en la ciudad ostentaban todas sus galas a la divertida población: en la «pavoneada», «paseo que por dos o tres calles da un desposorio para enseñarse». Los hombres iban a caballo en dos filas y las mujeres en «pelotón compacto», los hombres con sus armas y las mujeres con sus hijos.

Todo lo anterior permite calibrar la pluralidad de contenidos de este libro. Facilita evocar una época y, con ello, conocer mejor las raíces del presente. Replantea, por tanto, el relato histórico, solo que en una dimensión más profunda del uso común de los historiadores decimonónicos. Está aprehendida la gente en su carne y hueso, que debe ser el objeto de cualquier empresa de conocimiento del pasado. Esta gente parece vivir a un costado de la política, aunque no del todo, dados los tentáculos del sistema de autoridad o la participación en acontecimientos distantes en el tiempo, como el cerco al gobierno francés en Santo Domingo en 1809.

Duarte, Santana, Jimenes o Báez están ausentes en estas líneas. Aunque la obra se denominó «novela de costumbres», cabría agregarle que referida al mundo olvidado del campo, donde residía alrededor del 90% de los dominicanos. Bonó, fuera de duda, quiso dotar de humanidad digna a esta gente, aunque, como era inevitable, él se situase desde fuera y no pudiese evitar proponer juicios de crítica social y cultural. Pero aún estos señalamientos guardan importancia para la historia intelectual. En la lectura de estas páginas se aprecia que el examen de la producción literaria, e intelectual en general, abre el camino a un enriquecimiento de la historia social.

ROBERTO CASSÁ



Introducción a las lecturas históricas

Cuando se les ha preguntado a los hombres y mujeres más relevantes del planeta dónde adquirieron las cualidades que les permitieron sobresalir entre los conciudadanos de su tiempo, casi todos han respondido que ha sido por haber tenido la suerte de contar, desde la infancia, con los libros y los autores adecuados.

No se trata de una respuesta retórica, ni va en desmedro de las lecciones de la vida y la realidad. En rigor, es inimaginable una lectura, un libro o un autor trascendentes que no hayan reflejado, de manera auténtica, creativa y vívida, esa misma realidad. La ficción, la imaginación, la fantasía, por desbocadas y fértiles que sean, no parten de la nada, y la mayoría de las veces recombina aspectos y detalles reales que pocos de nosotros habíamos asociado entre sí, y que al hacerse, bajo el influjo de un verdadero creador, produce imágenes, símbolos y saberes de nuevo tipo.

Los más delirantes autores son siempre agudos observadores, y sus obras son una manera nueva de ver la realidad en la que se inspiraron. Quien domina la ficción antes ha dominado el mundo físico. Eso explica, por ejemplo, que obras utópicas, como *1984*, de George Orwell, o de ciencia ficción, como *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, sean releídas siempre en clave de explicación de la realidad, de predicción y de desentrañamiento de un posible futuro, especialmente en tiempos críticos o confusos. Acaba de suceder en Estados Unidos: tras la



victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales, y conocerse las primeras medidas adoptadas durante su mandato, se dispararon las ventas de la primera de estas obras. No es casual: en ella se vaticina una civilización futura, un mundo donde el poder autoritario se ejerce a través de la construcción de una realidad ficticia e ideal, gracias a minuciosas podas sucesivas de lo conflictivo del lenguaje, y la instauración final de una neo-lengua, todo ello precursor de la era de la posverdad y los “datos alternativos de la realidad” en que nos adentramos.

Es una antigua práctica de la pedagogía humana que la formación pasa por la imitación y la emulación de modelos y paradigmas. Lo heroico y la necesidad de imitarlo o emularlo, por ejemplo, remueven más los impulsos internos y las fuerzas vitales de un niño o un joven, que explicarle reposadamente la razón interna o la lógica de los sucesos históricos. En nuestra infancia y adolescencia nos alimentamos de modelos heroicos mucho más de lo que suponemos, si somos afortunados y hemos tenido el ambiente familiar, social y educativo adecuado. De hecho, un modelo educativo y formativo perfecto será el que logre combinar el pensamiento con la acción; la razón y la lógica, con la disposición a la práctica y al sacrificio por el bien común.

¿Qué son hoy los superhéroes del cine, la televisión y los videojuegos, al estilo de Batman, Spiderman, Superman, o Harry Potter, sino las versiones postmodernas y más simples de aquellos piratas del Caribe, de los cruzados, de los mosqueteros, del capitán Nemo, Robin Hood, el capitán Tormenta, el mago Merlín, Ricardo Corazón de León, el Príncipe Valiente, el León de Damasco y Guillermo Tell, extraídos todos de los libros de Emilio Salgari, Julio Verne, H. G. Wells, incluso, de Shakespeare?

Pasan los siglos, cambian las sociedades, avanza la ciencia, se impone Internet y se instaura la realidad virtual; se conquista la Antártida, el cosmos y el ADN; se reponen las partes del cuerpo humano dañadas o enfermas mediante la biónica y la



biotecnología; se habla de viajar en el tiempo y el espacio; se exploran los agujeros negros, se replican y clonan los seres vivos, se domina la mente, pero el afán de imitar lo heroico, de replicar la bondad, de hacer el bien, de socorrer al pobre y al desvalido, de enfrentar y derrotar el mal, de revelar los secretos de lo oculto, de trascender, más allá de la muerte, sigue expresando esa misma sed ancestral que recordamos desde niño y, antes que nosotros, recordaban nuestros padres y abuelos, y que solo las historias y los libros calman.

No es un secreto que nuestra época ha sido pródiga en banalizar, mercantilizar, restar profundidad y calado a la lectura, a la creación literaria y al libro. La paradoja es que vivimos un tiempo donde nunca antes, como hoy, había sido posible utilizar las más modernas herramientas de información y comunicación para hacer de los seres humanos los más cultos y mejores de toda la larga historia planetaria. Otros intereses egoístas han mediado para torcer el rumbo, y desvirtuar la utilización de tales portentos en bien de todos. Hoy el acto de crear y de leer es un acto de fe y también de resistencia cultural, de reafirmación personal y social. Y se sigue creando, y se sigue leyendo.

Especialmente complejo es el panorama en países como el nuestro, donde los precios de los libros y de la propia educación con calidad no están al alcance de todos. Mientras se reforma la escuela dominicana, no podemos sentarnos, cruzados de brazos, maldiciendo los defectos de la realidad y culpando a otros. Hay que actuar sin pérdida de tiempo, desde muy diversos ángulos, y utilizando todo el arsenal de nuestro tiempo. Hay que dar la batalla por el libro, la lectura, y especialmente las lecturas históricas en el seno de nuestra niñez y juventud. No podemos permitir que estas nuevas generaciones crezcan desorientadas y mutiladas.

Para responder a este llamado ético y cumplir un deber social, el Archivo General de la Nación viene llevando a cabo una lucha silenciosa por la memoria, la identidad, la cultura y



la formación integral de nuestro pueblo, y muy especialmente, de los niños y jóvenes. Dentro de un amplio abanico de iniciativas y programas puestos en práctica, vale destacar la convocatoria anual a la Feria del Libro de Historia Dominicana, un espacio que se consolida y perfila como cita obligada y fiesta de la historia nacional, sus protagonistas e investigadores.

A este esfuerzo se viene a sumar ahora un programa especial de estímulo a la creación, la investigación, la enseñanza y las lecturas históricas, que se está organizando de conjunto con otros factores, instituciones, organizaciones y ciudadanos del país. Entre sus objetivos se encuentra la promoción de las lecturas científicas y de ficción acerca de nuestro pasado; la constitución de un movimiento nacional de promotores de lecturas históricas; el incentivo de la investigación y creación de obras de carácter histórico; la edición de libros amenos y fundamentales, como el que hoy el lector tiene en sus manos, que sirven de ejemplo a la manera en que podemos descubrir a través de un libro, y ver mediante los ojos de su autor, lo que ya no existe, pero que nos define como pueblo y nación. Y sobre todo, el aliento a la civilidad, el humanismo, el patriotismo, la solidaridad, en fin, la siembra de valores y principios.

La publicación del relato, o novela de costumbres, titulada *El montero*, de Pedro Francisco Bonó, con prólogo del Dr. Roberto Cassá, director general del Archivo General de la Nación, testimonia la certeza de este empeño. A este texto se irán sumando otros capaces de enseñar con regocijo y de mostrar realidades de la historia patria, sin pecar de aburridos o intentar ser excesivamente didácticos. La idea es aprender con placer, el mismo placer que reporta toda buena lectura, y que levanta un sincero agradecimiento para todo buen autor.

Manuel de la Cruz fue un escritor, periodista y luchador independentista cubano, autor de un libro hermoso de relatos y anécdotas heroicas de los mambises en su lucha contra el dominio colonial español, durante la llamada Guerra de los Diez Años. Fue publicado en New York, en 1890, y se titulaba



Episodios de la revolución cubana. Su objetivo fue mostrar a las generaciones más jóvenes los momentos gloriosos de sus padres y abuelos durante aquella lucha desigual que duró dos décadas, y exhortarles a que los emularan en las nuevas contiendas que se avecinaban, y que estallarían, finalmente, el 24 de febrero de 1895. Conmovero por aquellas lecturas, José Martí le escribió que "... para que perdurase y valiese, para que inspirase y fortaleciese, se debía escribir aquella historia".

Eso define, ni más ni menos, el espíritu que anima al Archivo General de la Nación al emprender la muy difícil, pero urgentísima empresa patria, de promover las lecturas históricas entre las nuevas generaciones de dominicanos y dominicanas.

ELIADES ACOSTA MATOS





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EL MONTERO



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPÍTULO I

En ese gran recodo que el mar hace al este nordeste de la isla de Santo Domingo, cuyo nombre de Bahía Escocesa dado por los franceses no ha podido prevalecer a despecho de mapas, hay un lugarejo nombrado Matanzas, que tiene un puerto pequeño siempre hambriento de buques que nunca se toman la pena de anclar en él.

Dos o tres casas esparcidas habitadas por monteros, un fuerte con un cañón y un pequeño arsenal, he aquí cuanto hay del hombre en ese lugar.

Pero si dirigimos la vista alrededor, la naturaleza compensa esta pobreza, desarrollando uno de los más imponentes espectáculos. La bahía abarcando una curva de veinte leguas, cuyas puntas rematan con el Cabo Samaná y el Cabo Viejo Francés, ve las agitadas olas del océano Atlántico luchar contra el débil dique de arena, cuya base es una prolongación de las demás, bastardas hijas de la cadena de Montecristi. Dos leguas separan a Matanzas de la embocadura del Nagua, depósito abundante de enormes piedras; y cuatro dista del Gran Estero, uno de los infinitos caños que el Yuna arroja de su seno para entrar en Samaná exhausto con tantas sangrías. El Gran Estero, refugio de millares de patos silvestres, garzas y otras aves acuáticas, derrama, compitiendo con su origen, todas sus aguas en los valles de la falda oriental de la montaña y forma mil pantanos conocidos y llamados por los naturales Madres Viejas, en los que juncos, berros y grama crecen con una lozanía extraordinaria.



El terreno de todos estos sitios, salvo los ya dichos cenagales, está sembrado de esa robusta, rica y variada vegetación de Santo Domingo. Bosques de limoneros, majagua y uveros cubren el litoral con una entrada de doce leguas al interior, y sirven de guarida a una infinidad de puercos montaraces, cuya caza es la ocupación de todos los habitantes que pueblan ese espacio, y el producto de las carnes la única renta que poseen.

Era una apacible tarde de otoño, el sol se escondía por detrás de la elevada cima del Helechal; la brisa de mar que todo el día había jugado mansamente en su vasta planería, acababa de ceder su lugar al terral; el Océano en su continua lucha exhalaba su poética e interminable queja al estrellarse entre las rocas, y las tórtolas y pelícanos se agrupaban en sus dormitorios favoritos. Esta hora tan melancólica, intermedio de la luz y las tinieblas, es uno de los cuadros en que la naturaleza presenta más tintes que observar y grandezas que admirar, pero ni una ni otra cosa hacía un hombre que salió de uno de los bohíos del lugar y se sentó sobre una piedra que a la entrada de la puerta había. Nada hay más tosco que la fisonomía de este individuo: la grande y poblada barba que circuía su ancha y aplastada cara, caía sobre su velludo pecho y le daba el aire de un escapado de la cárcel, sus narices eran chatas y su boca grande y gruesa, en fin, un conjunto feo, pero que denotaba fuerza y salud. Su traje era el de los monteros en general; chamarreta de burda tela de cáñamo con calzones de lo mismo sujetos a la cintura por una correa con su hebilla de acero, machete corto de cabos de palo y vaina de cuero, cuchillo de monte, eslabón de afilar pendiente de la correa y con una cadenita de hierro, he aquí el vestido; agréguese que según la atinada precaución de los monteros para evitar los estorbos de sombrero entre zarzas y malezas, cubría su cabeza un gorro de paño que en su primitivo origen debía ser negro, pero que la intemperie y la grasa habían puesto de color dudoso, y se tendrá el vestido de nuestro hombre.



Hacía como diez minutos que estaba sentado, cuando una voz femenina y casajosa salió del interior y dijo:

—Juan, ¿todavía no llega Manuel? ¿No lo alcanzas a ver? Él que no acostumbra a dilatarse tanto en el monte y no haber llegado hasta ahora.

Estas palabras parece pusieron de mal humor al que estaba sentado en la puerta y que había sido interpelado con el nombre de Juan, pues frunció el ceño y murmuró:

—Cuidado que la vieja se inquieta por ese mequetrefe, no parece solo que ya es...

El soliloquio fue interrumpido otra vez por la misma voz que volvió a decir:

—¿En qué piensas, Juan, que te pregunto si alcanzas a ver a Manuel y no respondes?

—Señora, yo bien la oí, pero como no columbraba al muchacho, me pareció inútil responderle, mas oigo uno que canta y creo que es él; por lo demás el muchacho es bastante grande para no perderse, y así no había por qué apurarse.

—Parece, Juan, que olvidas los peligros de tu profesión, cuando supones la caza de los jabalíes sin peligros, y cualquiera al oírte supondría que no has hecho conocimiento con sus colmillos.

—Cómo dice usted, señora Teresa, que yo no conozco sus navajas. ¡Válgame la Virgen! Si no sé cómo estoy vivo, bien lo sabe usted, de la terrible herida que me dio aquel que no podían cargar cuatro hombres y Manuel. Preciso será mudar de pellejo para borrar la señal que me dejó en este muslo.

—Bien, ya conozco la voz de Manuel, y aunque sé su valentía y su destreza, sin embargo, cuando no llega a la oración, me inquieto, porque ya tú ves que quien va a ser mi...

—Bueno, bueno, no es menester más explicación; ya lo sé.

A esto un joven como de veinte años, vestido con el mismo traje que describimos en Juan, apareció en un sendero, solo que en lugar de tener los pies desnudos y la cabeza cubierta con un gorro de paño, venía calzado con botines de garras de



puerco montés, cosidas con corteza de majagua y se cubría con un pañuelo de cuadros azules enlazado detrás de la cabeza; por último, un hermoso perro de color pardo trotaba junto a él tirado por una cuerda de cabuya envuelta en los cabos del machete.

A medida que se acercaba se oía más distintamente la co- pla que cantaba en uno de esos aires populares de Santo Do- mingo, tan sencillos y armoniosos como las antiguas melopeas.

—Buenas tardes, Juan —dijo el joven concluyendo su co- pla y acercándose a la puerta.

—Buenas tardes, Manuel, qué tal; los jabalíes han huido del monte, que ya los monteros van por ellos y vuelven vacíos.

—No se chancee, camarada, los jabalíes todavía se encuen- tran, pero hoy he estado de mala suerte; uno que perseguía desde esta mañana, después de hacernos correr todo el día a mí y a mi perro, acabó por tirarse en la Madre Vieja del He- lechal, donde le perdí de vista en medio de la enea; pero no triunfará mucho, pues mañana espero traer colgadas sus dos bandas a la espalda.

—Ave María —dijo entrando en el bohío una joven que ve- nía de la cocina con un manajo de madera resinosa ardiendo.

Estas palabras impusieron silencio a nuestros interlocuto- res, quienes entrando también, rezaron el Ave María, llevada por la sonora voz del amo de casa que hasta entonces había guardado silencio. Durante seis minutos se oyó el cadencio- so sonido del rezo, y cuando llegó el final —sin pecado con- cebida— una vocería tumultuosa pidiendo la bendición a las personas mayores se armó entre cuatro muchachos de ambos sexos que arrodillados estaban.

Restablecido el silencio entre los niños, volvieron juntos con la joven a la cocina dejando el haz de pino encendido para alumbrar la sala del bohío.



CAPÍTULO II

Componíase el ajuar de esta: de cuatro o cinco rollos de ceiba que servían de sillas en competencia con una barbacoa, mueble formado por cuatro estacas clavadas en el suelo, soportando dos cortos palos atravesados, sobre los que descansaban cinco tablas de palma barnizadas por el continuo frote de los cuerpos. En un rincón cuatro calabazas llenas de agua, encima de las cuales descollaba una pirámide de jícaras, compitiendo en blancura con la porcelana, y que colgadas por los extremos a las espigas de dos trozos de limonero colocados en cruz, denotaban el aseo del ama de casa. Esta es una de las particularidades en que la mujer del montero pone más conato y lo que da la medida del buen orden de un bohío. En las soleras estaban fijas varias quijadas de jabalíes en cuyos retorcidos colmillos descansaban macutos, cinchas y jáquimas; en fin, dos bateas y una mesa coja, pero muy limpia, completaban el resto de los muebles.

Los materiales empleados comúnmente en la construcción de los bohíos son: horcones que soportaban en sus ganchos la poca trabazón de la máquina; las soleras están adheridas a la viga y a las varas por delgados bejucos; las paredes las forman tablas de palmas arimadas unas a otras y amarradas, o por mejor dicho, encadenadas a varas transversales con el mismo bejuco. Los habitantes de las costas, donde los mosquitos abundan como en ese lugar, a fin de dejar más espacio libre por donde el viento pueda penetrar, cortan las tablas media



vara más bajo que la solera para que el ímpetu de la constante brisa de mar acarree esos molestos insectos. Las puertas de los bohíos unas veces se cierran, otras no, según la cantidad de animales domesticados que recorran sus alrededores. Si se cierra y la puerta es vertical, se hace con sogas al tiempo de acostarse o de salir todos, la misma operación que se efectuó con bejucos para todo el seto; si la puerta es horizontal o de palenque como comúnmente la llaman, con solo añadir cuatro o cinco trozos de palos cruzados a los eternamente interpuestos, queda la puerta defendida de las irrupciones de vacas y demás animales domésticos, que no descansan de noche en busca de alimento.

Excusado es añadir, en vista de esta sencilla construcción, que los monteros son los que fabrican sus viviendas, y que el único instrumento de que se valen es el corto machete de trabajo que también sirve para sus cacerías y hasta en caso fortuito para su defensa, razón por que tampoco es de extrañar que el machete y el monterero sean tan inseparables, que puede decirse es uno de sus miembros.

El bohío no tiene más que un seto interior que divide el aposento de la sala. En esta última se come y se hacen todos los oficios caseros concluyendo por servir de noche de dormitorio a los peones del patrón. El primero está únicamente dedicado al reposo del amo de la casa, su mujer e hijos, y sus muebles son los siguientes: una barbacoa más ancha que aquella de la sala, sobre la que está tirado un colchón relleno, unas veces de hojas de plátanos, otras de lana vegetal y que sirve de cama al amo, su esposa y al niño que está al pecho; otra barbacoa del mismo tamaño con un cuero de novillo por colchón y que sirve de lecho a la demás familia, arropada con una sábana, séase cual fuera la cantidad de individuos acostados. La ropa de gala está guardada en un cajón carcomido y en una o más petacas de yaguas; la de trabajar está colgada delante de las camas sirviendo de cortinas o de un cordel flojo amarrado por los cabos a un rincón.



Cualquiera que no sea curioso o no esté ducho en las costumbres de la gente en cuestión, creará que no hay ninguno de los objetos necesarios al uso casero de una familia, pero se equivocaría de medio a medio si tal juicio formase, pues con solo levantar la colcha que cubre la cama principal se toparía con gran cantidad de objetos cuya exposición entra a veces en los hábitos de algunos habitantes de las ciudades, aunque nuestros monteros, tal vez más cuerdos, prefieren librarlos de la petulancia arruinadora de los muchachos: platos, tazas, jarrros, cucharas, ollas, todo está escondido debajo de la cama, aguardando la ocasión de una visita importante o el matrimonio de un miembro de la familia para ver la luz del día.

Hecha esta descripción indispensable, volvamos a las personas que pusimos en escena. La sala del bohío estaba alumbrada por el manojito de pino encendido que descansaba en el medio sobre una piedra, y un muchacho se ocupaba en quebrar de cuando en cuando las puntas, que ya carbonizadas disminuían la escasa luz que arrojaba. El que había llevado el Ave María y que parecía un hombre como de sesenta años, aunque fuerte y bien conservado, estaba acostado en una hamaca tejida de delgadas cuerdas de majagua. Vestido en la misma forma que Juan y Manuel, se diferenciaba en más limpieza y en una pipa de barro, cuyo humo saboreaba por un corto tubo de copedillo.

Manuel, después del Ave María, amarró su perro a una de las horquillas de la barbacoa, y arreglando su machete entre las piernas con un ademán característico, se sentó sobre dicho mueble, balanceando suavemente sus piernas en el aire.

Juan volvió a tomar la misma postura de antes, con la cara vuelta a la sala, solo que a cada rato fruncía el ceño, y una contracción de ira sacudía su persona cada vez que la joven que había traído la luz y preparaba la cena llegaba de la cocina a buscar alguna cosa necesaria a su tarea, y que mientras la buscaba y la hallaba, dirigía una mirada de soslayo a Manuel.



—Cuéntame, muchacho —dijo el hombre que estaba acostado en la hamaca y que era el patrón de la casa—, cómo has hecho para venir hoy con las manos vacías.

—Tal vez Manuel cogió miedo de andar solo —dijo Juan—, cuando está acostumbrado a montar con un compañero que se exponga a los peligros por él.

—Válgame la Virgen Santísima, Juan —contestó el mancebo saltando de la barbacoa y encaminándose hacia el interruptor con la mano derecha sobre el cabo del machete—. Yo pienso que por usted verme en estas carnes supone que tengo miedo, y por esa luz que nos alumbra le aseguro que ni a usted ni a los jabalíes se lo tengo, y si no fuera por el respeto que debo a la casa en que estamos, yo le haría ver que no soy mozo que huye al hierro.

—Yo no hablo entre la gente —replicó Juan, levantándose también—, yo voy todos los días al monte y estoy dispuesto a ir ahora, con que así...

—Qué gorgona es esa, muchachos —dijo Tomás—. No creo que ustedes vayan a pelear porque uno fue al monte y no trajo carne; eso sucede todos los días, y tomara yo de pesos fuertes las veces que he ido en balde a montar. Vamos, ustedes son amigos, así estaos quieto. Hola, Teresa —continuó volviéndose a una vieja sentada en un rincón, que murmuraba las multiplicadas repeticiones de un tercio—; hazme el favor de traer la botella de aguardiente que compré el sábado en el pueblo.

Teresa, mujer de Tomás, y de su misma edad, con polleras de algodón azul y collar de cuentas amarillas, se levantó, fue al aposento y volvió con una botella de aguardiente de caña y una jigüereta muy blanca que puso sobre la mesa.

—Vamos, amigos —prosiguió el patrón—, vengan a tomar un trago y que no se hable más del asunto; ustedes son amigos, yo lo soy de ambos, y en fin, por lo que ibais a pelear es una bagatela que ni aun nombre puede dársele. —Diciendo esto, Tomás alargaba la jigüereta con aguardiente a Juan, que la tomó y sin cumplimento se tragó el contenido.



Tomás volvió a echar, y la presentó a Manuel, que hizo lo mismo que Juan, después echando para sí bebiéndoselo, llamó de nuevo a Teresa para guardar la botella.

—Pues ahora que ya los dos estáis contentos, dime Manuel, si podrás responder a lo que te pregunté.

—Sin duda, señor Tomás. Esta mañana salí como usted bien sabe con mi perro; me metí por el caño y caí a la orilla del Nagua, no hacía media hora que había pasado el río e internándome en el monte del Factor, cuando Manzanilla presiente un jabalí que a poco rato se aparece en un majagual, con unos colmillos que me decían tenía a lo menos cuatro años. Mi perro, como digo, en cuanto lo olfateó, empezó a ladrar, lo solté, pero el jabalí se aculó a un árbol y no le dejaba aproximar; mientras oía el ruido que hacía afilando sus navajas y acechaba un lugar favorable para abalanzarme a él y clavarle el cuchillo, dio un furioso salto sobre mi perro, que se tiró a un lado para evitarlo.

»¡A él, Manzanilla, a la oreja! Pero, paff... dio otro salto y echó a correr como una bala; mi perro corre tras él, yo tras mi perro: corrimos dos horas, yo casi no los percibía, cuando distingo al perro solo parado a orillas del Nagua y venteando.

»¿Qué es eso, Manzanilla —le digo— que lo dejaste ir?

»Presto el oído y oigo el ruido de un animal que sale del agua huyendo. Manzanilla corre para arriba, para abajo, buscando un bajadero, lo halla, pasa, se abalanza chorreando agua tras él, y oigo que trabaja y lo acosa hacia donde yo estoy, detrás de un árbol, esperándolos; pero el muy maldito me vio y empezó otra vez a correr por las laderas del Helechal, quise alcanzarlo, mas en vano, se tiró a la Madre Vieja y me costó parar. Sin embargo, mañana vuelvo, y a menos que no esté encantado, sabremos qué gusto tienen sus costillas.

—Escucha —dijo Juan, con una mirada llena de rencor que el aguardiente no había extinguido y que escapó a sus oyentes—, mañana te acompañaré y veremos si se nos escapa a los dos.



—Si es con ese solo objeto que usted me acompañará, no necesita molestarse, por ser casi un desafío que hay entre mí y aquel animal, y por consiguiente yo solo trato de matarlo.

—No —dijo Tomás—, Juan te acompañará, porque yendo dos, llevan más seguridad de matarlo y tienes menos peligros o a lo menos una ayuda en tu empresa.

—Por dar gusto a usted, ya que así lo quiere, convengo en que Juan me acompañe, aunque repito que no hay necesidad.

Acababa la joven que disponía la cena de traer tres platos llenos de sancocho de tocino, que puso sobre la mesa al lado de tres cucharas de jigüero, y ejecutadas estas operaciones, con ayuda de Teresa acercó la mesa a la hamaca del criador para que este pudiera comer sin moverse de su sitio. Tomás llamó a los monteros, quienes después de haber acercado sus asientos que no eran otros que dos troncos de los cinco que había en la sala, se lanzaron ansiosos cada uno sobre su plato de tal manera, que a poco rato solo quedaban los huesos, que la jauría del criador roía gruñendo.



CAPÍTULO III

Tiempo es ya de dar a conocer a la joven que se había ocupado en la cocina hasta entonces y que acababa de sentarse en la sala concluidos aquellos quehaceres. María era la hija mayor de Tomás, criador y dueño del rancho abundante de Matancita y quien se había casado muy tarde, es decir, pasado los cuarenta. Tenía diez y ocho años, y aunque no podía pretender un lugar eminente entre las hermosas, no por eso dejaba de ser una fresca y agradable joven. Su color era bronceado por la raza y por el sol, pero su cutis era fino y terso; sus pies y manos tenían la piel dura con los afanosos trabajos del campo, pero eran tan pequeños y finos; en fin, su talle tenía aquellas riquezas de formas que encienden en los viejos solteros los malos pensamientos, y que hacían de María una de esas muchachas que todos los días vemos y que tan agraciadas son.

Criada a catorce leguas de toda población que mereciera el nombre tan solo de aldea, María no había visto por la incuria de sus padres, pues, ciudades, ni otros hombres que criadores y monteros. Las ideas en que había crecido eran una superstición sin el menor asomo moral, justo o injusto. Conservaba su inocencia, porque bajo la vigilancia continua de su madre ni era inducida ni podía cometer faltas. En esta vida semisalvaje, no aseguraría que la joven dejase de tener un corazón tan amante y ardiente como el de cualquiera señorita bien educada, pues sabido es que la educación no es la que engendra la constancia, ni son las ciudades las que poseen pechos de



sentimientos delicados y duraderos, pero a lo menos María no había encontrado una persona que hiciese latir su corazón a la dulce palabra de amor ni que desarrollase su tal vez oculta sensibilidad.

Llególe por fin este momento con la aparición de Manuel en la casa. Hijo de un amigo de Tomás que lo mandaba a cuidar un rancho que poseía vecino al del criador, Manuel fue recomendado vivamente al cuidado de este. Invitado a permanecer en la casa mientras fuese relevado, aprovechó ansiosamente esta oferta, porque la vista de María le había causado una agradable impresión, esta impresión fue prontamente trocada en un ardiente amor, que no encontró dificultades en ser correspondido. En las gentes de los campos, aparte esos seductores que dondequiera se hallan, existe una buena fe en el sexo masculino que no le deja entrever la posesión de una hija de familia honrada, solo por medio del santo lazo del matrimonio. Así fue, que no bien se hubo convencido el joven de que era amado, cuando confió a su padre la idea que tenía de enlazarse con María, y su padre que estaba estrechamente unido por la amistad con Tomás, acudió gustoso y pidió para su hijo la mano de la joven, que le fue concedida.

Decimos que Manuel encontró facilidad en hacerse amar de María, pero no queremos dar una triste idea de la resistencia de la joven, porque aunque la larga resistencia de una mujer prueba en nuestro concepto vanidad en prolongar la humillación de un hombre, mejor que virtud; no entra en los hábitos de las jóvenes criadoras esa coquetería y larga simulación que hace a una niña de la ciudad resistir a los ruegos del hombre que ya ama, dándose por excusa a sí misma, que el pudor no le permite confesarlo o que quiere probar la constancia del pretendedor; pobres muchachas que mal excusan la pérdida de un tiempo que malgastan, cuando la vida es tan corta y tan raros los momentos que se nos presentan de ser felices.

Entre criadores y monteros, los jóvenes se declaran el amor, primero con los ojos, como en todas partes, luego el hombre



apoya fuertemente un pie sobre el de la mujer, y esto equivale a una declaración circunstanciada y formal; si la mujer retira el pie y queda seria, rehúsa; si lo deja y sonrío, admite; en este último caso se agrega: «¿Quieres casarte conmigo?». Y si una necia risa acompañada de un bofetón le responde, trueca un anillo de oro o plata con ella y quedan asentadas las relaciones amorosas, pasándose a dar los pasos al matrimonio necesarios.

En el campo, donde las conversaciones a solas pueden ser tan frecuentes, un seductor hallaría todo el lugar necesario para la consecución de sus designios, pero esta libertad no es aprovechada por lo común del montero, que necesita salir de su estado normal para arrojar la timidez que se le redobla con el amor, y vestirse con esa capa de osadía que posee el hombre de mundo. El fandango es la arena de las declaraciones, pero aun para esto se necesita subir una escala a cuyo remate brota la declaración.

¿Y qué es el fandango?, se preguntará. ¡Oh!, que no se vaya a interpretar por el fandango andaluz o de otro pueblo u otra raza que no sea la de los monteros. El fandango no es una danza especial; el fandango son mil danzas diferentes, es un baile en cuya composición entran: un local entre claro y entre oscuro, dos cuatros, dos güiras, dos cantores, un triple, mucha bulla, y cuando raya en lujo, una tambora.

Si queréis verlo os voy a conducir. Veis la sala, dos velas de cera parda pegadas a dos clavos la alumbran. En ese rincón donde más apretado está el grupo de hombres que ocupa la mitad del local, apoyados en sus sables ora desnudos, ora envainados, está la orquesta. Abríos paso y veréis: primero, dos individuos, cada uno empuñando con la siniestra una calabaza, delgada, retorcida y surcada de rayas a una línea de distancia, mientras que con la diestra pasean por las desigualdades de los surcos y al compás una pulida costilla de jabalí; las calabazas son güiras, los que las tienen músicos de acompañamiento y cantores: ahora bajad la vista y veréis los verdaderos músicos sentados en un largo banco con las piernas cruzadas, cada uno



trae un cuatro, instrumento de doce cuerdas en que alterna bordones y alambres y de sonido un poco bronco. Volved a salir al lugar vacío que aunque estrecho nunca lo desocupa un galán y una dama. La mujer se levanta sin previa invitación y se lanza girando alrededor del circo donde pronto la acompaña un hombre destacado del grupo de la orquesta; ella va ligera como una paloma; él va arrastrando los cabos de su sable y marcando el compás ya en precipitados, ya en los lentos zapa-teos; la mujer concluye tres vueltas circulares, y entonces avanza y recula hacia el hombre que la imita siempre a la inversa en aquellos movimientos, y aquí es donde él prodiga el resto de su agilidad y conocimiento de esta danza conocidos con el nombre de puntas. Tan pronto imita el redoble de un tambor como el acompasado martillo de un herrero, o por fin con más suavidad el rasgueo de las güiras. Por último, después de diez minutos concluye la dama con una pirueta a guisa de saludo, y el galán tira una zapateta en el aire y cae con los pies cruzados.

Este baile tiene algunas veces el nombre de sarambo y otras de guarapo, distinción apoyada en tan pequeñas variaciones que está por demás enumerarlas.

Una de las cosas más notables en estas danzas populares son los cantores, copia fiel, menos el arpa, de los bardos de la Edad Media. Poeta por raza y por clima, su facundia no tiene límites; empuña la güira e improvisa cuartetas y décimas que cambian a medida de los diferentes sentimientos que lo animen. Enamorado, sus coplas respiran comparaciones exageradas y alusiones directas para hacer conocer su cariño al objeto que lo engendra; alaba sus cabellos, su talle, sus ojos y hace sus declaraciones rimadas. Animado por un espíritu pendenciero, entonces no puede cantar solo, es menester un compañero que responda las coplas que sabe, las que improvisa y las que glosan; esto se llama cantar en desafío. Según indica el nombre dado, los versos son una polémica que suscita: uno alaba su saber y el otro le contesta que es un asno; el primero replica con más fuertes palabras, y tales impropiedades en cabezas ya acaloradas concluyen en una



zambra general de cuchilladas y sablazos, que hacen ir al otro mundo a muchos pacíficos, pero imprudentes espectadores.

Manuel, joven tímido, no podía prevalecerse de su introducción en la casa de Tomás para enamorar a María, pero en un fandango a que a pocos días de su llegada asistió la familia del criador, empuñó la güira y en versos mal o bien concertados dijo lo que sentía y pintó con tan verdaderos colores a quien iban dirigidos, que la niña advertida ya por las miradas del joven, y a pesar de su ignorancia, conoció que era ella la heroína. Después de esto Manuel dejó la güira, y acalorado por cuatro guarapos, tres sarambos y dos tragos de aguardiente, se aventuró a dar la pisada sacramental que una bofetada castigó o más bien premió. Zanjada esta dificultad, las palabras y los anillos se cambiaron y pronto se ajustó el matrimonio.

Sin embargo, en medio de su recíproco cariño, nuestros jóvenes amantes olvidaban un personaje importante en sus amores. Juan entró de peón en la casa poco antes que llegara Manuel, y se ocupaba en este oficio, tanto cultivando la pequeña labranza del criador como en la caza de los jabalíes a provecho del mismo. El exterior de Juan, además de sus cuarenta años, no era propio para inspirar amor a una joven por muy simple que fuese, y así fue que enamorado de María solo pudo lograr respeto y amistad en cambio de sus atenciones y obsequiosos servicios. En balde, arrollándose las mangas de su chamarreta, mostraba sus nervudos brazos y en agradable y cadencioso vaivén raía la yuca que daba el almidón y cazabe necesario a los usos de la familia. En balde en los fandangos improvisaba décimas, glosaba cuartetas dirigidas a la joven y sacaba a lucir los más difíciles zapateos de bailarín conocido, nada de esto conmovía a María, todo lo había echado en saco roto nuestro amante; pero como el amor es un niño caprichoso que a veces vive de contrariedades, la indiferencia de María ponía cada día más enamorado a Juan, y ya se deja suponer la rabia que engendró en su pecho el mutuo cariño de los dos prometidos.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPÍTULO IV

Apenas la aurora sacudía su rubia cabellera en el Oriente precediendo al padre de la luz, cuando Juan y Manuel vestidos como el día anterior, cada uno con su perro tirado de los cabos de sus machetes y después de beber dos tazas de café, doblaban la punta de Matancita y emprendían su cacería a la orilla derecha del Nagua. Nuestros monteros caminaban silenciosos y sus perros trotaban a sus lados olfateando e inquietos: ya el sol doraba la cima del Helechal, cuando internándose en la espesura del bosque Juan hizo alto, y apoyándose en un tronco, dijo a su compañero:

—Anoche porque estábamos entre casa y porque oyera una persona que no eres cobarde, te pusiste a decir palabras que me disgustaron y que deseara saber si eres capaz de repetir en este sitio.

El tono insolente de estas razones no dejaron duda al joven de que Juan lo había querido acompañar para batirse, y como uno de los lados más sobresalientes del montero es ese valor que no consulta y arriesga su vida por un sácame allá esas pajas, Manuel contestó con dureza:

—Juan, usted es mayor que yo en edad y debía respetarlo, pero ya hace unos días que estoy cansado de sufrir sus maneras y sus majaderías, por consiguiente no me desdigo de lo de anoche. Ni a usted ni a nadie tengo miedo, y si lo duda, el paraje en que estamos es bueno para probarlo.

—No te apures, chico, conozco el sitio y tanto, que debes haber conocido que si te acompaño es para lo que de aquí



a un poquito puede pasar. Sin embargo, antes de llegar ahí, quiero ponerte una cosa: vamos a pelear ahora mismo, pero si quieres que sea tu amigo en lugar de enemigo, deja ese casamiento, vete donde tu padre, y te prometo...

—Basta... ¡Está usted loco! Que deje yo mi matrimonio con María, primero difunto; ya sé que usted me busca pleito porque ella no le ha querido corresponder, y usted debía conformarse en lugar de buscar riñas; por lo demás, yo estoy dispuesto a pelear, y así...

—Así que no se hable más del asunto, saca tu machete y adelante para ver si eres hombre.

Diciendo esto, Juan con grande ira por las respuestas del joven, desenvainó y arremetió contra Manuel que ya con el suyo desenvainado lo esperaba.

Durante dos minutos los hierros echaron chispas y los cabos del de Juan se enrojecieron por una herida que recibió en la muñeca; esto avivó más su coraje, y descargando un recio mandoble sobre el cráneo de su contrario, lo derribó.

El montero es generoso, y aunque le falta aquel tinte de saber vivir que hace al hombre civilizado acompañarse de un testigo y un cirujano en sus desafíos, no por eso en cuanto su enemigo cae deja de socorrerlo o de avisar en su socorro, pero esta vez no sucedió así. Juan quería matar a Manuel porque juzgaba que impediría el matrimonio y haría olvidar a María aquel que tanto amaba, haciéndose querer él, cuando el tiempo hubiera totalmente apagado su recuerdo. ¡Qué raciocinio el de los monteros enamorados necios!

Juan acosado por los celos tenía ganas cuando vio el joven en tierra de acabarlo, y lo hiciera si un ruido que venía de la maleza no lo disuadiera, entonces creyendo que eran monteros que discurrían por la selva en pos de caza y que podían verlo, envainó apresuradamente su machete y escapó con toda ligereza de que era capaz.

Manuel, aturdido por el furioso machetazo, se desangraba; su perro que en la prisa de venir a las manos había quedado



engarzado en la vaina del machete durante el combate, presintiendo una pieza, tiraba de su pobre amo y olfateaba en dirección del ruido que había puesto en fuga a Juan, en fin, el ruido aproximándose, apareció un jabalí, el mismo que el día antes amo y perro habían perseguido infructuosamente: ¡extraño efecto de la casualidad que el que había querido matar le salvase la vida! A la vista del animal, Manzanilla tiró con más fuerza y empezó a ladrar con furor. Séase que el aturdimiento se le hubiese pasado, séase que los tirones y los ladridos de su perro lo sacaron de él, Manuel abrió los ojos y pudo sentarse. Viéndose solo, bañado en sangre y en tan triste estado, la palabra «ruin» se escapó de sus labios, pero haciendo un supremo esfuerzo logró levantarse, y con paso tardío, chorreando sangre y parándose de rato en rato para cobrar aliento, se dirigió a casa de Tomás.

Tenía dos leguas que salvar y más bien lo sostenía su valor que sus fuerzas; luego un recuerdo lo agujoneaba, porque si se detenía la muerte podía ampararse de él antes de que se viera unido a la que tan cara le era y que tan bien pagaba su amor; este pensamiento lo acosaba, y maldiciendo al autor de su desdicha, procuraba avanzar, a pesar de que sus fuerzas lo abandonaban. Por último, sintiendo estar próximo a caer, se sentó, quitóse el pañuelo de la cabeza, exprimióle la sangre, y aún todo empapado procuró doblarlo como un vendaje, pero un desmayo lo tendió de nuevo por tierra.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPÍTULO V

El sol de mediodía dardeaba sus abrasadores rayos sobre el bohío de Tomás; el criador se columpiaba suavemente en su hamaca fumando su pipa; María, concluidos sus trabajos de cocina, se ocupaba en coser una chamarreta de uno de sus hermanitos, sentada sobre el quicio de la puerta del aposento; los niños jugueteaban debajo de un frondoso naranjo que a diez pasos del bohío había; Teresa con una rueca hilaba la costura de María; en fin, todos hacían la siesta conforme a su gusto y hábitos.

—María —dijo Tomás, arrojando una bocanada de humo que subió ligera y se dilató en el aire—, Juan y Manuel debieron salir muy temprano, puesto que no los oí partir.

—Sí, señor, todavía las gallinas no se habían apeado del palo, cuando ya ellos habían bebido café y partido.

—Yo creo —volvió a decir Tomás—, que el jabalí no se escapará esta vez como ayer; ambos son buenos monteros, y será preciso que haya desaparecido para que mañana no lo salemos.

La joven no respondió, porque volvió rápidamente la cabeza hacia Manzanilla que acababa de pararse jadeante en medio de la sala; sin duda esperaba verlo seguido de su amo, pues su vista tomó a la puerta y su oído prestó atención a los ruidos exteriores.

—Nuestra gente vuelve pronto —dijo Tomás— he aquí a Manzanilla, compañero inseparable de su amo, que ya había llegado.



Pero el perro en lugar de arrinconarse como acostumbraba en las raras ocasiones que precedía de algunos momentos a Manuel, se puso a tirar de la ropa al criador, parándose de cuando en cuando en esta operación para mirarlo y después volver a repetir.

Tomás, impaciente mejor que admirado de la extraña conducta del perro, y viéndolo hincar los colmillos a través de las redes de la hamaca en sus pantalones, principió a enfadarse, hasta que incomodado por la nunca usada insistencia del perro, dióle una patada diciendo:

—Quita allá... Habráse visto cosa semejante... Querer hacer trizas mis calzones... bonito estás para retozo... marcha a acostarte —pero el perro en lugar de obedecerle ni quejarse por tan duro tratamiento, principió a ejercitar iguales maniobras con María.

—Padre —dijo esta—, qué tendrá Manzanilla; véalo como me tira de la ropa, y Manuel que lo trae siempre a su lado hace una hora que no llega.

Tomás en lugar de contestar a lo que él creía preguntas pueriles de su hija, se tendió cuan largo era en la hamaca y empezó de nuevo a despedir bocanadas de humo.

—Madre, repare usted a Manzanilla —dijo María a Teresa.

—Sí, hija, lo veo, pero no atino por qué te inquietas por sus halagos.

—Madre, alguna cosa puede haber sucedido a Manuel, tal vez ha quedado herido por algún jabalí entre el monte. —Levantándose después y con esa intuición de las personas que aman bien, continuó con vehemencia—: Manzanilla nunca lo abandona y se aparece aquí sin él, y luego estos tirones que me da como para indicarme el peligro de Manuel...

—Voto a los diablos, María qué niña eres —dijo Tomás, interrumpiendo a Teresa, que procuraba consolarla, y quitándose la pipa de la boca y sacudiendo en el suelo las cenizas que quedaban en el fondo—: Bien puedes decir —prosiguió, sacando una vejiga de vaca repleta de tabaco picado y volviendo



a llenarla—, bien puedes decir que eres la muchacha más tonta que se conoce. Dime, ¿cómo puedes creer que Manuel esté según imaginas, si tiene a Juan por compañero?

Estas palabras al parecer razonables no consolaron a la joven; por el contrario, siguió en su mente otra idea que le despertó mayores temores que Manzanilla aumentaba con su insistencia.

—Padre, usted puede tener confianza en Juan, pero yo no la tengo, y soy capaz de apostar que a Manuel le ha sucedido algo.

—¿Y por qué no tienes confianza en Juan, acaso es malo o te ha dado motivos para que desconfíes de él?

María solo respondió con una mirada suplicante que dirigió a Teresa y que esta comprendió.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPÍTULO VI

Debemos advertir que Tomás nada sabía de unos sentimientos que Juan le había ocultado cuidadosamente, esperando en conquistar primero el cariño de su hija para después declararlos, mas esta ignorancia no se extendía hasta la madre que adivinando con la perspicacia de su sexo el amor de Juan, había interrogado y recibido las confidencias de la niña sobre el disgusto que le causaban las persecuciones amorosas del peón, así fue que comprendiendo por la mirada de su hija los temores que abrigaba, dijo:

—María tiene razón, Juan no es la mejor compañía que Manuel puede tener, y no sería de extrañar que los dos cruzasen en el monte palabras que hayan concluido de mala manera para el muchacho.

—¿Y por qué lo supones así, Teresa? —replicó Tomás.

—Dígolo —contestó la vieja, queriendo ocultar la verdadera razón—, porque si mal no me acuerdo, anoche Juan trató de cobarde a Manuel, y ya iba a querer pelear cuando tú interviniste.

Aunque medio convencido, el criador exclamó:

—¡Qué locura! Solo en cabeza de mujeres pueden haber tales ideas y temores. ¡Ea!, María, da, como hice yo, una buena patada al perro y verás como te deja.

Pero María en lugar de obedecerle se levantó exclamando:

—Padre, por Dios, hágame el favor de salir con Manzanilla a ver dónde él lo dirige y procure buscar a Manuel.



Las grandes convicciones tienen una fuerza irresistible, y aunque el criador era idólatra de su siesta, el tono angustiado, la vehemencia con que su hija le hizo súplica y el recuerdo de lo que había pasado la noche anterior, pudo más que sus ideas de holganza. Por tanto se levantó, y descolgó de un clavo su machete, se lo amarró y salió fuera palmoteando sobre un muslo y diciendo:

—Aquí, Manzanilla, aquí.

El perro dio dos brincos, y cogió trotando la delantera.

Dijimos que el sol estaba en mitad de su carrera y sus rayos ardientes cayendo a plomo sobre la cabeza poco resguardada de Tomás, le hacían acelerar el paso; el perro volviendo la cabeza de cuando en cuando como para ver si era seguido, doblaba el trote, sin tergiversar ni detenerse.

—¡Hum! —iba diciendo Tomás, enganchándose en el nudo del pañuelo la pipa que acababa de sacudir otra vez con la palma de la mano—. María puede ser tenga razón, Manzanilla no dice por aquí voy, por ahí iré y sigue derecho como un huso. Diablo, diablo. Sin embargo, es un poco lejos y el sol me tuesta un poquillo. ¡Eh! Manzanilla, coge el galope, si creerá que estoy para imitarlo; pero se para y ladra, si no me engaño voy a certificarme de quién tenía razón, María o yo.

El perro, como decía el criador, acababa de pararse, y este lo vio olfateando el cuerpo de un hombre tendido en la arena del mar. Tomás habiéndose acercado conoció a Manuel, pálido, yerto y empapado en sangre ya coagulada formando capas en su piel y vestidos.

—Por todos los santos de la corte celestial —exclamó, levantando la cabeza del pobre mozo y viendo la horrible herida que en ella tenía—; esto no fue jabalí, fue hombre; ah, canalla de Juan, qué buenas obras haces y cuánto no diera por tenerte frente a frente en este momento, para que pagaras la muerte del hijo de mi amigo y esposo de María. —Luego, sintiendo un casi imperceptible movimiento del herido, añadió—: Alabado sea Dios, no está muerto y tal vez volverá en sí dentro de



un rato, pero yo solo, no sé cómo haré para cargarlo, porque esperar que este pobre mozo pueda valerse de sus pies por el momento es pensar que ahora es de noche. Lo mejor será —agregó, después de una espera— quitarlo de este sol que abrasa, ponerlo debajo de aquella guama, y esperar que con la frescura recobre sus sentidos, para yo ir al Juncal a buscar a mi compadre Feliciano y otros que me ayuden a conducirlo a casa.

Mientras esto decía, Tomás cargó lo mejor que pudo el descoyuntado cuerpo del joven y lo depositó debajo del árbol; este cambio de temperatura produjo una reacción, y a poco rato dio señales de vida, abrió los ojos y aunque la vista se la tenía apagada la debilidad por la sangre perdida, pudo conocer a Tomás que esperaba ansioso esta muestra de vitalidad.

—En fin, gracias a Dios, abriste los ojos. Te aseguro que hace años no había pasado un susto semejante; hace tanto rato que estabas como muerto que ya creía lo fueras de veras; pero yo no puedo hacer nada solo en el estado en que te hallas, y por tanto procura sacar fuerzas de tu flaqueza para no caer en otro desmayo, mientras transcurre el tiempo suficiente para yo ir al otro lado de la boca del río a buscar ayuda.

Después de esta extraña recomendación propia de un montero, Tomás pasó la boca, tomó una vereda entre uveros y majaguales, y llegó a uno de los bohíos del Juncal, donde un hombre como de cuarenta y cinco años estaba en la misma posición que el criador, antes que los temores tan fundados de María lo hicieran venir a socorrer a su futuro yerno.

—Compadre Feliciano —dijo, llegándose sin más preámbulo al acostado—, vengo a pedirle el favor de ayudarme a cargar a Manuel que he encontrado mal herido del otro lado de la boca.

Feliciano quiso interrogar, pero Tomás lo detuvo.

—El caso pide urgencia, compadre, y como los dos no podremos cargarlo, mientras yo voy a requerir más gente, vaya usted preparando una hamaca donde podamos acostarlo.



—Bien, vaya usted, compadre.

—Hola, procure también preparar una botella para los cargadores, pues usted debe reparar que el sol arde y hará sed en el camino.

—Pierda cuidado, compadre, a mi cargo queda.

Tomás volvió al cabo de diez minutos acompañado de cuatro monteros que había reclutado en los bohíos circunvecinos, y encontró a Feliciano ya preparado: la hamaca amarrada a dos gruesas varas a guisa de litera, y una botella de aguardiente de caña debajo del brazo.

—Compadre —decía Feliciano, luego que se pusieron en ruta—, usted me cogió tan de susto, que no tuve lugar de preguntarle cómo había sido herido Manuel y quién lo hirió.

—A nada de lo que usted pregunta puedo contestar, porque nada sé y solo hago suposiciones. Sin embargo, puedo decirle que esta mañana salieron Juan y Manuel a montar, y que hará poco más de dos horas que Manzanilla se nos apareció en casa, y tanto brujuleó y tiró de la ropa a María, hasta que a la muchacha se le puso que su novio estaba en peligro haciéndome venir en su busca, y tampoco se engañó la chica, que estuvo usted a pique de asistir al entierro de él, en lugar de servirle de padrino en sus bodas.

—¡En verdad, compadre, que usted me admira! Un perro tener la inteligencia de buscar socorro para su dueño.

—Tan la tiene que aquí me trajo y él se quedó al lado de Manuel.

Y así era, el admirable instinto del perro parece había previsto que si Tomás lo abandonaba a su amo, era momentáneamente para buscar ayuda, y como un centinela en su puesto, había aguardado al lado de Manuel.

Habiendo llegado Tomás y su comitiva, hallaron al joven en todo su conocimiento, pero en tan gran debilidad, que no podía mover un brazo; cargáronlo y tendiéndolo en la hamaca, apoyaron cuatro de ellos las varas sobre sus hombros dirigiéndose a casa de Tomás.



A medida que los cargadores eran relevados en las dos leguas que habían de andar, Feliciano tenía cuidado de mojarles la garganta con un buen trago que el aficionado empinaba *ad libitum* boca con boca de la botella agarrado, y como a todos les llegaba su turno, él no dejó de ser uno de los que más largo rato estuvo haciendo puntería a las nubes, solo que el disparo salía a la inversa, y el fuego líquido pasaba a la digestión del honrado padrino del herido.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPÍTULO VII

Sin querer ahora describir el dolor de María, las exclamaciones de Teresa y el espanto de los niños cuando la litera entró en el bohío, pasaremos a dar rápidamente algunas explicaciones, no sobre el instinto del perro en venir en busca de ayuda para socorrer a su amo, porque este instinto, aunque muchas veces se ha probado en circunstancias idénticas, no por eso ha sido explicado por fisiologistas y filósofos, pero diremos que Manzanilla luego que por segunda vez vio caer a su amo, aguardó a que se levantase, viéndolo no hacer movimiento, tiró en varios sentidos la lazada que lo prendía, y como esta consistía simplemente en dos vueltas alrededor de la vaina, pudo desprenderse y corrió hacia la casa.

Cuando Manuel cayó nuevamente aún brotaba la sangre, pero pronto se coaguló y cerró los bordes de la herida; esto fue lo que salvó su vida expuesta tanto por la violencia del golpe como por la hemorragia.

Una herida entre monteros, por grave que sea, no es cosa para dar mucho quehacer a los facultativos, se entiende a sus facultativos. El cirujano del montero es su mujer, otro montero vecino, o cualquier otro allegado: cuatro o cinco puntadas para formar la sutura y un paño empapado en aguardiente alcanforado es toda la cura, sancocho de tocino es el alimento, y para eterna vergüenza de los inventores de bálsamos y de Mahoma que prohibió el tocino, los resultados obtenidos son los más concluyentes en abono de este método.



Manuel estuvo quince o veinte días cuidado por María con una solicitud de madre. León Guzmán, su padre, que había llegado a la noticia de su herida, viéndolo enteramente restablecido y observando el desvelo y afecto de la niña, activaba el enlace proyectado; esto originó una gran porfía entre Tomás y él. Cada uno quería que después de las ceremonias religiosas fuesen celebradas las bodas en su casa, y la porfía no tuviera fin con los fundados alegatos que cada cual exponía, si el compadre Feliciano presente a ella no interviniese declarando: que como padrino le tocaba el gasto, que bajo este concepto engordaba *ex profeso* un lechón y su mujer preparaba las cajetas de conservas de naranjas y piñonates necesarias, y que no era razonable que le hicieran el desaire transportando las bodas más lejos, cuanto más que un viejo que vivía con él, renombrado en asar lechones, era el encargado de prepararlo, y que dicho viejo podría a lo sumo venir a casa de Tomás, pero no tan lejos como a casa de León. Estas razones cortaron la cuestión y fue decidido celebrar las nupcias en casa de Tomás.

Pronto todo está de fiesta en esta. El depósito de calderas, cucharas, jarros y otros utensilios que estaban debajo de la cama sale a ver la luz del día, pero esto no bastará a la multitud de convidados, y otros tantos depósitos de otros tantos amigos se le agregaban. Teresa no puede acompañar a los novios al pueblo, y se queda preparando el recibimiento que se les hará a la vuelta. Amaneció el gran día y desde el alba llegan el padrino, la madrina y a poco el acompañamiento se acerca, de dos en dos, de tres en tres, todos vienen a caballo, porque no es paseo y sí una jornada de catorce leguas que se va a hacer. Los hombres vienen de gala, sombrero de fieltro o yarey, pantalones holgados, chaquetas de paño con hileras de botones de metal y zapatos de cordobán a cuyos talones están calzadas espuelas de sabaneros. Los jóvenes traen los chalecos que fueron de sus abuelos; los viejos, enganchadas por precaución detrás de la oreja, una pipa de corto tubo, pero todos vienen en sillas un poco decrépitadas cuyas fundas dejan relucir la cabeza de una



o dos pistolas dedicadas, no a la defensa del individuo, porque el largo sable que cada convidado tiene en la cintura pendiente de un blanco cinto de algodón tejido por manos criadoras, basta a la de cada cual, pero sí para alegrar la fiesta disparándolas a la salida o entrada del pueblo y de la casa. Las mujeres están vestidas de muselina o zarazas, van a horcajadas sobre aparejos primorosamente trabajados con embutidos de grana y llevan los pies zambullidos en árganas de yarey finamente tejidas; para resguardarse del sol se cubren con gorras de fieltro hermoeadas con plumas prendidas a una hebilla dorada o con sombreros de yarey sin atavíos. La novia y el novio solo se distinguen de los demás en que los arreos del caballo de la primera son más ricos de embutidos y borlas de pita, y en llevar el segundo un sable de vaina de cobre. En resolución todos están contentos, todos han hecho honor al desayuno preparado por Teresa, y todos se despiden en medio del humo de una salva general de pistoletazos.

Cuando hubieron pasado el Nagua, Feliciano se volvió a los hombres de la comitiva diciéndoles:

—Caballeros, debemos estar todos reunidos a las cuatro de la tarde en el Alto de las Jabelas para entrar en el pueblo en orden; lo aviso a los que quieren correr y a los que van despacio para que procuren encontrarse.

Dicho esto, los viejos se quedaron atrás y los jóvenes galoparon delante; los novios se quedaron en medio de los primeros, porque aunque jóvenes el lazo que les iba a unir y el contento que sentían bastaban para no necesitar el suplemento de animación que en la carrera buscaban los primeros; además la medida sienta bien en semejante circunstancia, y por esto lentamente pasaron los cincuenta y dos pasos del Nagua y los insondables fangos de los Fernández, Factor y la Bajada.

Los primeros crepúsculos de la noche habían invadido el horizonte, cuando la pequeña caravana en gran completo se hallaba reunida en el lugar de la cita. Los hombres cargaban sus pistolas, las mujeres, entre las que había algunas con niños



de teta por delante, se arreglaban la gorra, el pañuelo, los pliegues del vestido con esa minuciosidad e imponderable gracia que toda hija de Eva pone al presentarse como blanco de muchas miradas.

—Compadre Feliciano —dijo Tomás—, ¿daremos la pavoneada o nos vamos directamente a la posada?

—La pavoneada, compadre; un desposorio cual este debe enseñarse en todas las calles. Oíd, señores —continuó, dirigiéndose a todos—, preciso es arreglarnos para la pavoneada.

Los hombres se dirigieron en dos filas y las mujeres en pelotón compacto.

La pavoneada es un paseo que por dos o tres calles da un desposorio para enseñarse; la pavoneada, como bien dice su nombre, es, pues, muy semejante a la rueda que hace el pavo, cuando abriendo la cola y contoneándose, alarga el moco e irgue el cuello, a la verdad nombre más exacto no se verá, puesto que lo que muestran los más de estos desposorios se parece poco más o menos a lo que exhibe el pavo.

La comitiva se había puesto en marcha otra vez, y el compadre Feliciano que la capitaneaba iba tan embebido en arreglar los muelles roídos de orín de una de sus pistolas que se había descompuesto, que no reparó a su caballo bajar por un barranco de la Quebrada Grande, en cuyas fangosas aguas no dilató en caer, quedando enlodado de arriba abajo. Este accidente causó la risa de toda la compañía, y Feliciano creyendo que se hacía burla de él, empezó a jurar, pero Tomás lo apaciguó y tornaron a andar entrando en el pueblo antes de anoecer, en el mismo orden de fila y pelotón.

Una cabalgata es en todas las poblaciones pequeñas un motivo de curiosidad, aunque a decir verdad pocas cosas dejan de ser curiosas en este mundo, donde cualquier futilidad presta campo, tanto al que la ve superficialmente, como al moralista o filósofo que la examina desnuda y analiza ya remontando, ya bajando a su origen y efectos. Nuestra cabalgata no se le podía atribuir otro origen, solo la vanidad de mostrarse a ocasión de



un matrimonio, y si un filósofo disecándola de la alegría que en todos los rostros rebosaba hubiera profundizado hasta el remate sus cálculos tal vez no se hubieran concluido en las dulzuras y pesares del himeneo; la compañera tal vez dulce y amable, tal vez agria y tormentosa pasada la luna de miel, los cuarenta mil y pico de gritos, sollozos y niñería de la prole, las ingrati-tudes, disputas de los hijos grandes, etc., y quién sabe hasta dónde hubiera llegado en esta progresión matemática, sordo a la voz de su razón que interiormente debía gritarle: «Tanta vanidad hay en ti calculando esas probabilidades, como en esos que dan la pavoneada por solo enseñarse».

Todo el pueblo salió a las puertas en cuanto resonó la salva de entrada para ver a los novios, pero como el objeto del paseo era puramente mostrar la andadura de sus caballos y la gracia de los jinetes, en cuanto al parecer lo hubieron logrado, fueron a desmontarse sin más averiguación en la casa de un amigo del padrino que se había escogido por posada.

Amaneció el día siguiente y concluidas las ceremonias de uso, nuestros casados salieron de la iglesia. Al entrar en la casa donde ya un copioso desayuno los aguardaba, todos los del acompañamiento repitieron la salva y unos hubo tan acalorados por el humo, el ruido y sendos tragos que habían envasado, que tuvieron por galantería disparar debajo de la mesa sus pistolas, que al ser disparadas en medio de damas de nervios delicados, a muchas hubiera sido necesario hacer respirar doble agua de Colonia; peripecia fue esta que no tuvo lugar entre nuestras campechanas acostumbradas a golpes más rudos para conmoverse y por esto a poco rato la cabalgata salía del pueblo en la misma forma que cuando la entrada.

No todo el acompañamiento iba firme en los estribos, pero no hubo accidente desgraciado que deplorar en la jornada que tuvo fin en los Hernández donde hizo noche en casa de dos monteros amigos de Feliciano.

Los primeros rayos del sol en una mañana apacible sorprendieron a nuestra gente desembocando en la dilatada



playa de Matanzas. Era un bello espectáculo ver este grupo, verdadero tipo de los monteros en disposición de divertirse, serpenteando al galope en los mil recodos de esa inmensa ensenada; ver a los hombres encaminar los indóciles brutos por medio de la ola que espiraba a sus pies; ver las catorce leguas de la bahía alumbrada por ese sol de las regiones intertropicales; ver por fin las ya cercanas, las ya lejanas elevaciones líquidas, que uniéndose y renovándose continuamente, al estrellarse en la orilla hacía aparecer una franja perpetua de blanca y bullente espuma.

—Atención, caballeros, es preciso detenernos aquí a cargar las armas —dijo Feliciano, viendo ya cerca la casa de su compadre—. Alcanzo a ver mucha gente que nos aguarda en la puerta, y es preciso mostrar que entramos como hombres a quienes no hace falta la pólvora, cuando acompañamos a los amigos en ocasiones como esta.

Todos cargaron, menos quien lo hacía hacer, porque su pistola acababa de perder, de puro gastado, el tornillo que sujetaba el cañón a la carcomida caja; sin embargo, para no quedar avergonzado de esto que él llamaba desgracia en tan excelente arma, la empuñó de manera que no se desprendieran las dos partes. A la descarga general que se hizo al poner pie a tierra, Feliciano arrojó con disimulo a diez pasos el cañón y quedó con la caja en la mano diciendo:

—Aviso para los que cargan demasiado sus pistolas, la mía llena hasta la boca por poco me mata, el cañón voló con la fuerza del tiro, vean, fue a parar a diez pasos.

Todos lo creyeron y todos se admiraron, y él con la mayor sangre fría recogió su cañón, mientras tanto Teresa abrazaba con efusión la hija de quien pronto iba a quedar separada, y los convidados entraban en el bohío.



CAPÍTULO VIII

La sala de este presentaba un aspecto muy diferente del que antes describimos. La misma rusticidad de construcción, pero con todas las mejoras y atavíos que el lugar podía dar. El suelo antes quebrado, irregular y seco, estaba liso, húmedo y cubierto con una capa de menuda arena. La pirámide de jiguëras, las calabazas y bateas habían desaparecido, y en su lugar estaban colocadas sólidas y bajas barbacoas que servían de bancos al acompañamiento. En medio de la sala cuatro mesas de otros tantos vecinos se alineaban cubiertas de blancos manteles y sobre ellas se ordenaban hileras de platos, interrumpidas de tres en tres por una cuchara y un tenedor de plata o de acero; el cuchillo siendo mueble inútil porque cada cual carga siempre uno para servirse, estaba excusado. En resolución todo anunciaba que se iba a servir una comida si no exquisita, a lo menos abundante y en armonía con los robustos estómagos que la iban a digerir.

Probábalo además la perspectiva interior de la cocina, donde acababa de darse la última mano a los guisados por un enjambre de pobres monteras transformadas en cocineras, pero a quienes este oficio no privaba de participar a todos los regocijos de la fiesta. En medio de ella descollaba el lechón del compadre Feliciano, grueso animal que podía pretender mejor el título de jabalí por su tamaño que el modesto con que su propietario lo revistió. El viejo anunciado para guisado, anciano de perpetuas soletas, daba vueltas al asador de



guayabo en que estaba espetado, descansando sobre dos horquetas del mismo palo al ardiente calor de un montón de brasas encendidas. La grasa chirriaba al caer en las ascuas y el pellejo había adquirido ese color dorado que prueba tanto lo bien cocido como lo esponjoso y delicado. La batería de ollas y calderas en que andaban las ya dichas cocineras, despedían el humo de diferentes manjares. Aquí una enorme cazuela hervía aún después de ojeada con el sabroso sancocho. Allá una gran caldera recibía el negro y aromático licor que tan agradable es después de comer. Acullá, en una hornalla, especie de hornote descubierto, se veía un semicírculo de plátanos medio maduros, ya tostados y cocidos por el calor de las paredes donde yacían. El cazabe que hacía un peón en un burén ayudado de su paletilla y de la concha de tortuga, el arroz, las gallinas ya adobadas, todo, en fin, denotaba el principio del banquete.

La mesa se cubre de manjares, el lechón es trinchado en una yagua verde y fresca, y los convidados se sientan alrededor de la mesa colocando a la cabeza los novios, padres y padrinos; pronto al silencio que guardaban las personas que satisfacen el hambre, sucedió la bulla y la algazara. Los vasos son chocados con brío, las botellas circulan con velocidad en medio de las risotadas y rudos cumplimientos, entre los que sobresalen algunos muy directos, son dirigidos a los recién casados.

Después del banquete cada uno trata de asegurar, si no lo ha hecho antes, un buen pasto a su caballo; esto fue también lo que hicieron nuestros convidados echando sueltas a los suyos en medio de la abundante yerba que en el cercado había.

Siendo ya tarde, los ordenadores de la fiesta, Feliciano y Tomás, organizaron el fandango con que se debía dar fin muy entrada la noche a la función. La llegada de los músicos, requeridos de antemano, facilitó la ejecución, y a las cuatro de la tarde ya estaba en pie con dos cuatros, un doce, un tiple, tres güiras y una tambora.



Todo iba a las mil maravillas; eran las once de la noche, se habían bailado algunos sarambos y guarapos y se estaba castañeando en las ondulaciones de un fandanguillo, cuando en medio de las bambas se oyó un sonido ronco, cual el gruñido del puerco y el balido del ovejo, con esta modulación: brum, y en medio del grupo de cantores, músicos y bailarines, apareció la figura bien conocida de Juan.

—¿Quién roncó ahí? —saltó la voz de Feliciano, al cual no se le escapó la intención hostil de que estaba impregnada—. Pregunto a todos, señores —dijo, abriéndose paso en medio de los bailarines—, porque nuestra diversión no es para armar quimeras, solo para celebrar el matrimonio de mis ahijados y debemos procurar que concluya en paz.

—Viejo Ciano —dijo el recién llegado—, quien roncaba era yo, y si lo hice fue porque me dio la gana.

—¿Qué es eso? —dijo, asomándose Tomás por entre el grupo—. Basta, Juan —continuó, conociendo la causa del alboroto—, lo que hiciste te lo he perdonado y esperaba no volver a verte, pero ten en cuenta que hay otras personas a quienes ofendiste que no son tan cristianas como yo, y que viéndote recordarán lo pasado, recuerdo que no será grato y...

—¿Qué hay? ¿Qué hay? —dijo Manuel, acercándose también—. ¡Ah!, es Juan... mi sable... mi sable.

—¡Señores, por Dios! —gritó Feliciano dirigiéndose a todos los concurrentes que solícitos andaban por los rincones buscando sus armas—. Señores, que todo se apacigüe.

Súplica inútil, la zambra se había armado, las mujeres corrían despavoridas al aposento, su refugio en estos casos, y los hombres empezaron a tirarse tajos y reveses tan multiplicados, que solo se oía el choque del hierro contra el hierro, las velas caían tronchadas al suelo y pisoteadas se apagaban; la sala en este estado, los combatientes se dirigían y asestaban medio a oscuras todos los golpes. Feliciano no halló su sable, pero arrinconado a uno de los ángulos de la sala, se guarecía de los sablazos con un banco; los músicos encaramados en sus asientos, veían sus gñiras y sus cuatros volar en astillas, y en



medio de toda la gresca cada uno vomitaba los juramentos o exclamaciones que más habituales le eran.

Manuel, abrazado estrechamente por María, se desesperaba al ver a Juan tirando sus tajos y reveses a diestra y siniestra; pesábale a nuestro joven novio no ser el que estuviera midiéndose con el antiguo peón para vengar la herida recibida tiempo atrás, forcejeaba por desasirse de ella y los miramientos que ponía al ejecutarlo se lo estorbaba, hasta que un nuevo incidente ocurrido en la pelea le hizo exclamar:

—¡María, déjame, mira que es tu padre que se mide con Juan!

A estas palabras la joven dejó caer sus brazos y Manuel pudo escaparse. Pero era tarde, aún no había dado dos pasos, cuando un hombre rodó por el suelo acogotado.

Era Tomás.

Cual un enjambre de ranas que a un brusco estruendo cesan en sus graznidos, se escabullen en sus escondrijos y se sepultan en el más profundo silencio, así nuestros contendientes cesaron su pelea y cayeron en el más profundo estupor, no solo al reparar el resultado de la pelea, sino la persona que había caído.

Mas este silencio fue de corta duración, y le sucedió de pronto el tumulto de la reunión que en masa quería ayudar a Manuel que levantaba el cuerpo de Tomás.

María, Teresa, y con las mujeres escondidas en el aposento, no podían juzgar lo que pasaba; sin embargo, el extraño silencio que sucedió les hizo suponer algún accidente desgraciado y se determinaron a salir; mas ¡qué espectáculo vino a herir la vista de entrambas a la vacilante llama de la única vela que quedaba!; el cuerpo exánime de un padre y esposo tan querido, cargado por los monteros. Cogidas así imprevisamente por tal desgracia, arrojaron gritos dolorosos y vinieron a caer sin sentido al cuerpo del criador.

—¡Qué linda noche de bodas tienen nuestros amigos!
—dijo un vecino de Feliciano, mientras Manuel acomodaba el



cuerpo expirante de su suegro en una cama—, ¡y qué golpe tan cruel hiere esta familia en el momento que creía ser tan feliz!

—Por mi parte —dijo otro que al lado se hallaba y era joven y soltero—, soy de opinión de suprimir el fandango el día que me pase por el magín casarme.

—¡Qué demonios! —replicó el primero—. ¿Cree usted que estas desgracias estén anejas al fandango? Entonces cada fandango supondría un homicidio.

—No lo digo por tanto —repuso el segundo—, pero mi parecer es que en cada fandango hay camorra, y apostaría mi cabeza que si la fiesta hubiese concluido en el almuerzo, no estarían ahora la pobre Teresa, Manuel y María llorando al pie de aquella cama.

—Para evitar esto es que está instituida la policía rural —dijo un tercero que pasaba por el docto del lugar—; para evitar esto se han establecido los capitanes de partido, comisarios y demás agentes de la fuerza municipal, porque no se puede prohibir que el hombre se divierta ni tolerar que se asesine, así nada impide que un fandango se haga, pero también a quienes está encomendada la represión de los desórdenes, debían impedir escenas como la presente, y si a pesar de sus esfuerzos se desatiende en el calor de la pelea a su autoridad, debieran a lo menos apresar el homicida y entregarlo al rigor de la justicia.

—Y eso es precisamente lo que no ha sucedido ahora —volvió a decir el joven—, porque quien mató a Tomás fue Juan y de este no veo ni el polvo.

En efecto, Juan, no bien cayó Tomás, cuando aprovechándose del estupor general, se había escapado sin que nadie lo percibiese.

Si las proporciones de estos pequeños episodios no fuesen tan mezquinas y si nuestras luces pudieran llegar a la altura que la materia requiere, sin duda esto sería materia de una disertación político-filosófica muy grave y de serias consideraciones, porque ¿qué tristes no son las innumerables



desgracias que resultan de las pendencias en los bailes de estos campos? ¿Qué triste no es ver un padre perder un hijo, una esposa a su esposo, todo por el más fútil motivo, por una modulación más o menos gutural, por una copla a la que no se ha podido contestar?; y digámoslo, empero, a la gloria y honor de los monteros, no es su naturaleza pendenciera que lo arrastra; no es un instinto feroz de destrucción que lo guía, pues son corderos, en tanto que no son excitados; pero sí dos agentes que él mismo no conoce y un hábito cuya trascendencia él ignora: La tradición, al aguardiente y el tener siempre un sable a su lado.

La tradición es la espuela que anima al joven a empeñar una pelea general por cualquier niñada. Si la civilización ha dulcificado las costumbres del hombre en Europa, los de estos campos sin semejante modificador, están aún en los primitivos tiempos del descubrimiento de la América, y dígasenos, ¿no era la fuerza brutal lo que campeaba más en los siglos pasados y se enseñoreaba sobre todo? El talento con su resplandeciente y pacífica aureola, y el oro, poderoso señor, rey y emperador de todas las cosas en este siglo diez y nueve, se inclinaban entonces ante la fuerza y eran hollados por ella. En pos del oro corren desolados hoy los hombres, en pos de la fuerza corrían antes, hasta que la pólvora equilibrando la debilidad y aquella con la combinación del plomo y del salpetro, la hizo casi inútil y le sustituyó la destreza.

Una de las tendencias más manifiestas de las costumbres que toman la pendiente viciosa, es bajar por ella con extraordinaria rapidez, en armonía sin dudar con las leyes de las progresiones. El deseo de los jóvenes de hacer hablar de sí y no derogar de raza, se aumentó con el producido de muchos alambiques, y pronto los fandangos, fiestas en donde se hacía más uso del aguardiente, solo fueron bacanales y el teatro de cuantas disensiones podía haber.

Afortunadamente, a medida que el mal crecía se tomaban las medidas más propias para impedirlo, y la institución de los capitanes de partido opuso algún dique a las desgracias.



Sin embargo, esta era una medida incompleta, puesto que el capitán de partido no es más que el jefe de la fuerza armada, agente por consiguiente de la fuerza pública, pero en manera alguna competente ni en relaciones por su empleo puramente militar con el primer escalón en la jerarquía judicial, única hábil para conocer de los crímenes y delitos de los ciudadanos.

Entonces, pues, resultó la institución de los comisarios rurales, complemento de la primera medida (esto es, si la primera no lo es de esta última), y en nuestro concepto la parodia del alcalde y comandante de armas, del presidente y el Congreso; a esto se agregó la legislación francesa sobre los *gardes champêtres* y reglamentos parciales en cada jurisdicción, es decir, cuanto posible era de hacer.

Pero siempre quedaron los dos agentes y aún no han sido destruidos; la tradición que ha degenerado en costumbre, y el aguardiente, cuyo uso ha pasado como a los enfermos se propinan las tisanas, es decir, por agua común.

Y ahora bien, destruid una costumbre o quitad el agua a un pueblo sediento, más fácil es quitar al sol sus rayos.

Por eso al calcular el mal y al intentar exponerlo, decíamos que no cabía en el mínimo cuadro de una novela y que necesitaba otras luces a las que poseemos para hacer medidas concienzudamente, puesto que como una costumbre perniciosa, la materia pasaba al dominio de los hechos que sirven de meditación al moralista y al político.

Objetos físicos y morales, todos, todos presentan dos fases: una gloriosa, brillante, hermosa; otra fea y repugnante. La costumbre de que hablamos no es efecto de estas últimas, cuando en medio de deudos y amigos se enciende una pendencia que deja muerto a uno, mutilado a otro, viuda a aquella, huérfano a ese otro, y todo por los motivos ya dichos; pero ¿qué es lo que hace el dominicano tan superior en el sable cuando hace uso de él en la guerra? La misma costumbre. Habitado a cargar desde niño y a servirse de él en las pendencias, no hay



quien pueda resistirlo, ni quien lo maneje con más brío y destreza; tampoco puede temerle, porque frecuentemente lo ha amenazado sin causarle daño.

En presencia de estas dos fases abandono la cuestión al filósofo, mientras sin decidir accesorio tan arduo salgo por las puertas de este capítulo en seguimiento de nuestros novios.



CAPÍTULO IX

Yo te saludo, ¡oh luna de miel!, paraíso de tres meses, principio de la segunda era del hombre, mar bonancible cuya calma encubre a veces tantas borrascas. Yo te saludo y te proclamo suprema, y tal vez única felicidad del hombre en este tránsito de la vida.

Aparte aquellos primeros días del matrimonio de dos viejos; lejos y bien lejos los tres meses del matrimonio de conveniencia metálica; afuera el matrimonio de los monarcas y príncipes casados por la política; eso no es luna de miel, eso es lo más su parodia, y aun muy triste. La luna de miel necesita amor, y quien dice amor dice un mundo; necesita juventud, savia, salud, y entonces ya no se habita la tierra, pero un edén, un encanto.

Aquí las oficiosas complacencias, las abnegaciones más increíbles se ejecutan, dos individuos concentrados recíprocamente viven retirados, huyen del mundo y de sus exigencias; cualquier visita es mal venida, un acontecimiento que tienda a la separación aun momentánea es importuna; la concentración es absoluta, los dos dirigen sus conatos a tener una sola opinión, un mismo deseo, si Dios oyera sus ruegos, la fábula de Afrodita se realizara en ellos, y luego las caricias, antes maniatadas, ya son libres con el nuevo estado, y son prodigadas, recibidas y devueltas por un objeto todavía adorado.

Yo te saludo, pues, luna de miel, y te proclamo suprema felicidad.



Aunque la muerte de Tomás había terminado con lágrimas y desesperación unas bodas con promesas tan lisonjeras, ¿cómo era posible de suponer que el dolor de María, por profundo y agudo que fuese, resistiera a los consuelos que el amor le brindaba? En plena luna de miel no hay pesares, y en casos que existan, son prontamente, si no borrados de la mente, a lo menos mitigados. María lloraba a Tomás, pero una caricia de Manuel enjuagaba estas lágrimas, y por fin el tiempo haciendo su oficio, el sentimiento dulce dominó.

Cumplidos los ocho días del duelo por la muerte del criador y hallándose reunida en la sala toda la familia, Teresa habló a Manuel en estos términos:

—Bien sabes, querido Manuel, que he quedado viuda y desamparada por consiguiente de mi natural sostenedor. Había sido resuelto que después de tu matrimonio fueses a vivir con tu padre, pero ¿cuánto más justo no será que te quedes a mi lado, acompañes y protejas a la pobre anciana que no tiene quien por ella sea? María, acostumbrada a dirigir la casa, ¿podrá acomodarse separada de mí? No lo creo; las fatigas caseras yo se las ayudaré a compartir, y los hijos que Dios mande a entrambos, serán sin duda una distracción que mitigará mi eterno dolor. Por consiguiente, repara y oye la súplica que te hago, de no dejarme sola atendiendo a los multiplicados cuidados que mis demás hijos y la conservación de lo dejado por Tomás me imponen, y que mejor comportan las robustas fuerzas de dos jóvenes, que las débiles y escasas de una mujer ya achacosa. Todo lo que aquí hay y todo lo que pertenecía a Tomás será tuyo, lo entrego a ti y lo confío a tus cuidados y atenciones; en fin, todo lo doy, y únicamente me reservo el amor de ustedes que como no me faltará de nada me dejará carecer.

—Madre mía —contestó Manuel—, permítame darle este nombre en adelante, estoy dispuesto a cumplir su voluntad y hacer cuanto usted ordene, con más razón una cosa justa y racional como la que pide, sin embargo, antes de ejecutarla consultarémosla con mi padre.



—Bien pensado, querido Manuel —dijo María—, aunque estoy convencida que León en vez de oponerse se prestará gustoso a fin de no dejar a mi madre en esta soledad.

Resuelto lo dicho pasó en consulta a León, y este dio su aquiescencia gustoso y francamente, resultando la instalación definitiva de los nuevos casados, lo mismo que el transporte de muchos animales de crianza de propiedad de Manuel, cuyo pastoreo se efectuó en breve tiempo.

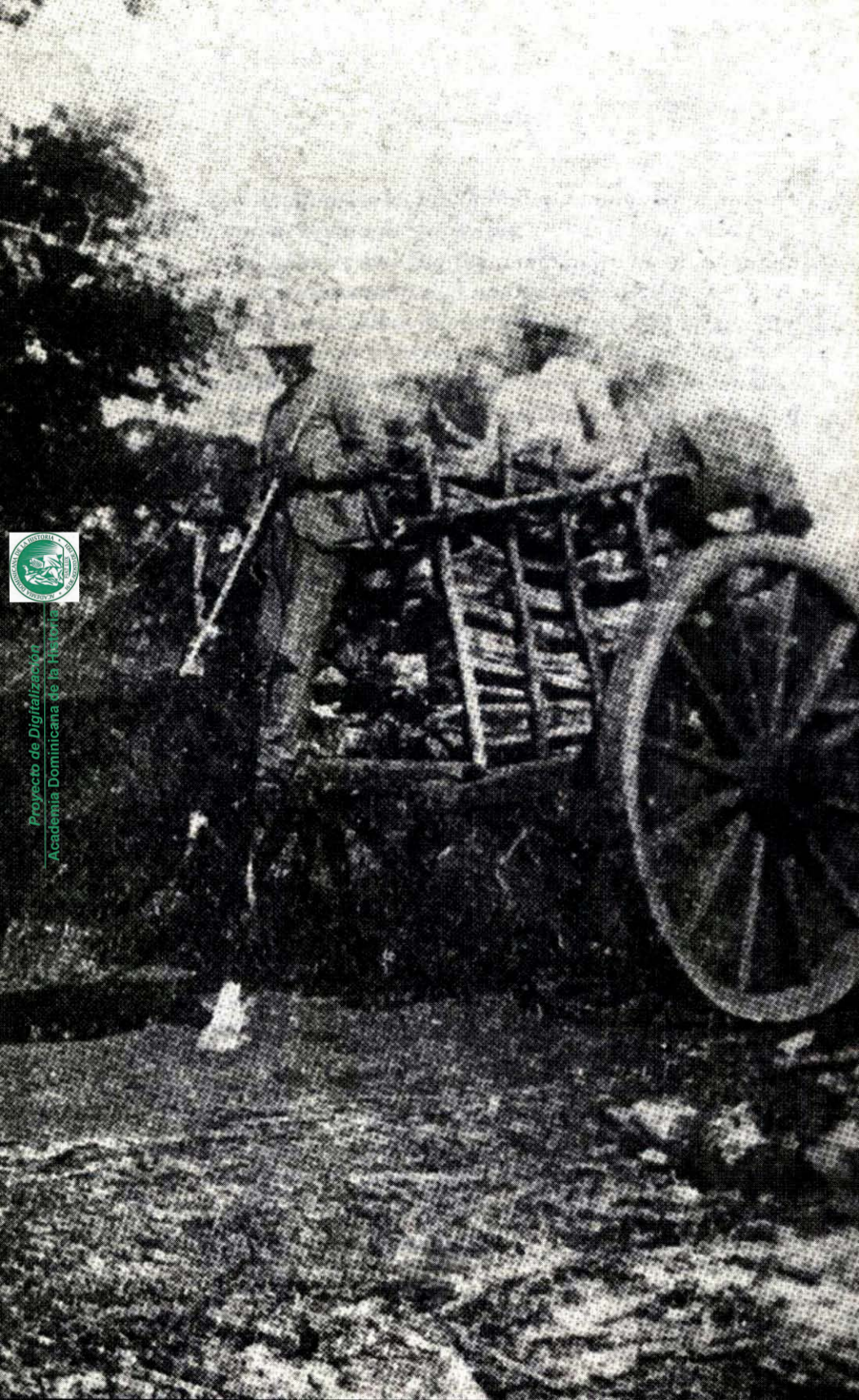
El cielo bendijo la unión de nuestros dos jóvenes dándoles un robusto y hermoso niño que completó su dicha, y a quien la madrina, que fue Teresa, puso el nombre de Tomás.

En un matrimonio dichoso, los días se suceden sin variaciones. El tiempo marcha, los sentimientos se modifican, pero la felicidad, si es que la hay en este mundo, la acompaña. Decimos, si es que la hay en este mundo, porque muchos, por ejemplo Rousseau, definen la felicidad como el ser menos infeliz, proposición negativa que tiene una exactitud desesperante, con la cual es preciso convenir.

La luna de miel, como todo tiempo dichoso, pasa rápida e insensible, síguele la calma en unos y la saciedad en otros, viene después lentamente la estimación recíproca y la amistad o bien el conocimiento de los defectos ocultos, la intolerancia y los disgustos que bien pronto se truecan en enemistad, repugnancia, odio, separación o por lo menos imposibilidad de vivir en armonía.

Manuel y María tuvieron la dicha de tomar la primera senda, y los años transcurrían hallándolos en esa quietud patriarcal que proporciona la vida del campo a las personas acomodadas.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPÍTULO X

Cuatro años habían transcurrido desde la muerte de Tomás. Manuel se hallaba ausente en el Macorís, donde había ido a comprar algunas cosas de la familia. María y Teresa habían quedado con las demás muchachas. Era de tarde, y Tomaso que principiaba a andar, se empeñaba en seguir dando traspies alrededor de Manzanilla, que gravemente sentado en las patas traseras, sacudía las orejas cada vez que el niño se agarraba. María, sentada sobre uno de los rollos de ceiba en el umbral de la puerta del patio, desgranaba en una petaca algunas mazorcas de maíz, interrumpiendo de cuando en cuando su tarea para seguir con la vista momentáneamente los caprichosos movimientos de su hijo, mientras que Teresa a su lado hilaba un copo de algodón.

—Madre —dijo la joven—, ¿recuerda usted a Juan?

—Qué pregunta —contestó Teresa—, si ese hombre es mi pensamiento fijo, ¿acaso el mal que me causó es de aquellos que olvidarse pueden?

—Así también me sucede —contestó María—, aunque confieso que la compañía de mi marido mitiga ese doloroso recuerdo, sucediendo que cuando como ahora se halla lejos, la idea de los disgustos que su amor y su venganza sin motivo me causaron, se aumenta con los que si existe aún puede causarme.

—Son de esperar en esta vida —contestó Teresa—, cuantas calamidades sean posibles; no en balde llaman al mundo valle



de lágrimas, y yo soy un triste ejemplo de lo que un malvado como Juan es capaz; a pesar de todo, cuatro años hace que no sabemos su paradero, y aunque puede existir, el lamentable suceso que lo hizo desaparecer, me hace esperar no quiera volver por estas cercanías.

—Así lo quisiera yo creer —volvió a decir María—, aunque la misma ignorancia en que estamos de su paradero me hace suponer que está haciendo de las suyas, y que podremos algún día ser otra vez sus víctimas. Un hombre que vive tranquilo tiene un domicilio; todo el mundo sabe donde mora y puede dar razón de él; por lo demás, lo que usted dice es lo que me tranquiliza. Juan no puede volver aquí sin que el capitán de este partido lo coja y lleve a la cárcel.

La vista de un hombre a caballo que de lejos se percibía en los recodos de la playa suspendió la conversación; bien pronto el jinete acortando la distancia que lo separaba del bohío con un mediano trote, nuestros interlocutores conocieron a Manuel, y a poco rato un abrazo pagó el tedio y los temores de la ausencia.

Cuando Manuel hubo acariciado a Tomasito, desaparejado y entregado su caballo al hijo mayor de Teresa, y por fin puesto en su lugar los arreos del viaje, procedió a sacar de los macutos sus compras en el pueblo. Estas eran sencillas: seis varas de algodón azul para Teresa; cinco varas de percal y siete de zarazas para María; dos retazos de listado para Tomasito; catorce o dieciséis varas de otras telas fuertes y propias al trabajo, para él y los dos hermanitos de María; un frasco de aceite, una botella de aguardiente y algunas agujas componían todo lo comprado. Así que hubo explicado a María el destino que se había propuesto dar a cada pieza, esta las cogió todas, las guardó en el cajón carcomido y puso la cena a su esposo.

Si hay apetito que pueda pasar por proverbial es el del montero, oficio que obliga a una locomoción perpetua, y por consecuencia a una actividad relativa en todos los órganos en que la parte del estómago no es la menor. Digerir una libra de carne y dos plátanos es cosa de todos los días, así es que Ma-



nuel engullía los huevos y plátanos maduros fritos que tenía por delante con una velocidad que hubiera agotado una menos abundante cena. Afortunadamente, este apetito creído general, es conocido de sus mujeres y toman las medidas propias a satisfacerlo, y un viajero que recorra estos lugares recordará al ver las mesas lo que se cuenta de la hospitalidad de nuestros antepasados, conservada en medio de los monteros, en su desinteresada abundancia e íntegra simplicidad.

Los hábitos se transmiten de generación en generación, y solo aguardan para ingerirse en la familia, que el hijo ocupe la posición del padre. Manuel, heredero de la posición de Tomás, adquirió los mismos hábitos, y cuando concluyó la cena, la vieja hamaca del criador lo recibió fumando su pipa.

—Nada se puede comprar en el pueblo según está de cara cualquier bagatela —dijo, meciéndose suavemente después de haber aspirado tres o cuatro bocanadas—, y si esto sigue no sé cómo harán los pobres para vestirse.

—¿Y qué tal —dijo Teresa—, nuestro cura se halla bueno?

—Bueno y gordo —respondió Manuel—, héte ahí un hombre a quien aprovecha lo que come; y a propósito del cura, adivinen qué encuentro tuve en la puerta de su casa.

—¿Cómo hemos de adivinar? —contestó María.

—Pues bien, ¿sabes que vi a Juan?

Este nombre produjo en las mujeres la sensación que era de esperar.

—Figuraos —continuó Manuel—, que habiendo ido como de costumbre a besar la mano de nuestro cura, al momento de decirle adiós, parado en la puerta, veo pasar una escolta conduciendo a un hombre, atados los brazos a la espalda. Por de pronto no le conocí, por una herida que le partía la nariz hasta la boca, herida que sin duda atrapó en sus otras fechorías, pero mirándole más despacio reconocí a Juan.

—Ved ahí —me dijo el cura—, un malhechor como hay pocos; es un hombre abandonado de la mano de Dios, y que no se ha cansado de hurtar.



—Toma —dije yo—, también ladrón.

—Archiladrón y asesino —replicó el Cura—: ¿Acaso lo conocéis?

—Mucho que sí —contesté yo—, ese fue quien mató a mi suegro.

—Eso también —exclamó el Cura—; Jesús, Dios mío, ni aun verlo quiero, tanta repugnancia me causa.

— ¿Y adónde le llevan?

—A la cárcel central de la provincia, donde quedará tal vez por toda su vida.

—Loado sea Dios —dije yo entre mí—, ya sabemos dónde está mi enemigo, y mi familia podrá vivir en paz.

Esta noticia causó alegría a las mujeres, aunque en Teresa, temperada por aquel sentimiento evangélico que abriga el que mucho ha sufrido, y que le da un fondo de conmiseración por los que causan un mal a sus semejantes.

Al otro día, vuelto a sus faenas cotidianas, Manuel venía de visitar sus siembras, cuando encontró en el bohío un mensaje de su madre que le traía noticia de hallarse su padre enfermo gravemente. Nuestro montero montó a caballo y partió angustiado por tan triste nueva.

Las mujeres solas y haciendo comentarios sobre el estado de León, concluyeron sus quehaceres del día y María quedó en la cocina ya tarde, dándole la última mano a la cena, mientras con una larga vara terminada en horquilla sacudía una rama al naranjo del patio para hacer caer una de sus frutas, que es el vinagre de los monteros. María percibió internándose en el bosque una sombra fugitiva que el último crepúsculo permitió conocer por un hombre, aunque la misma semioscuridad en que yacía le imposibilitaba determinar la persona. Sin embargo, el aire cauteloso y los movimientos inquietos del individuo la impresionaron; María tuvo miedo y al acostarse comunicó sus temores a su madre, quien procuró desvanecerlos con razones si infundadas, a lo menos hijas del deseo de inspirar seguridad y confianza.

—Y si es Juan, madre.



—Pero hija, ¿no oíste lo que dijo Manuel sobre la manera que lo conducían a Santiago?

Más a pesar de esta seguridad, María apenas durmió.

Manuel ausente, la esposa iba al conuco con el hermano mayor, veía las siembras y cosechaba los plátanos y legumbres necesarios a la comida del día.

Por la mañana María fue al conuco, y cuando volvió encontró en el bohío a Feliciano conversando con Teresa, que lo escuchaba con semblante lloroso.

—Buenos días, padrino —dijo la joven.

—Felices, ahijada —contestó Feliciano, abrazándola cordialmente.

—¿Qué nuevas lo traen de mañana, padrino?

—Malas y muy malas, querida, acabo de darlas a mi comadre y ya veo cómo la han entristecido.

—El padre de Manuel...

—Ayer murió y mucho me temo que mi ahijado haya ido solo para asistir al entierro.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de María, pues solo había recibido muestras de bondad y afecto de León.

—Pobre Manuel —dijo—, helo aquí sin padre como yo.

—Un silencio de un momento sucedió a esta exclamación.

—Pero no es todo, ahijada, aunque deba aumentar nuestra tristeza, es necesario que os dé parte para precaveros otra noticia aún más alarmante.

—¿Otra?

—Sí, Juan anda por la sección.

—Ya lo ve usted, madre, cómo no me habían engañado mis presentimientos —dijo María a Teresa, que bajó la cabeza consternada.

—¿Qué queréis decir, ahijada?

Entonces María contó a Feliciano haber visto un hombre ocultándose en el bosque en la tarde anterior, y aunque no lo conoció, la noticia que acababa de darle la confirmaba en la aprensión que tuvo de ser Juan.



—Sin duda que es ese bribón —dijo Feliciano—, pues antes de ayer escapó en Cenoví a la vigilancia de la escolta que lo conducía a Santiago, pero paciencia, lo cogemos; el capitán de la sección ha recibido orden de cogerlo vivo o muerto, y ya le daremos qué hacer; voy a darle esta noticia —continuó levantándose para partir—, a fin de que las pesquisas se hagan de este lado. Adiós.

—Padrino —dijo María—, no nos abandone. Usted sabe la dilación que pone el capitán para esas cosas y tal vez mañana será que él vendrá por aquí, y yo tengo mucho miedo para estar sola.

—Cierto es que el capitán es pesado —contestó Feliciano—, pero en todo caso yo vendría a dormir aquí hasta que Manuel llegue.

Esta promesa consoló a María y bien le salió con sostenerla, pues que por la tarde Feliciano vino a dormir al bohío por no haber sido posible al capitán reunir la gente que debía acompañarlo hasta al otro día.

Amaneció este, y como era de suponer la pequeña tropa tomaría descanso en el bohío antes y después de sus pesquisas; previa la orden de Teresa, Feliciano mató un cerdo. Esta operación la efectúa el montero como un diestro impresor compone o distribuye las páginas de un libro en 18vo., es decir, con una velocidad digna de elogio, pero es de reparar que solo considera digna de comerse la grasa y las viandas; las tripas, el cuero, la sangre, todo se echa a los perros, que sabiéndolo, circuyen al montero ocupado en desollar y destazar.



CAPÍTULO XI

Acababa Feliciano de colgar en la cocina el último trozo cuando el capitán seguido de alguna gente entraba en el bohío y saludaba a sus habitantes; mientras María le indicaba por dónde había visto al prófugo y que el capitán hacía conjeturas para poder guiarse, Feliciano se lavaba las manos y se apretaba el cinto de su sable para acompañarlo. Las mujeres los dejaron ir, y cuando volvieron a la cocina repararon en que no había plátanos para la comida de los monteros ni quien por ellos fuera, pues el hermano de María, que siempre la acompañaba en este oficio, halagado por un suceso semejante y con la curiosidad de los muchachos, había, sin ella saberlo, precedido a los monteros. Aventurarse al conuco, a pesar de un socorro probable, atemorizaba a María, que la idea de Juan cerca de su persona le trastornaba la cabeza. Fuerza le era, sin embargo, de ir a buscarlos so pena de no tener comida a la vuelta de la gente. María se decidió, tomó de la mano su otro hermanito de siete años, cogió un machete de trabajo para cortar el racimo, y se internó en la senda que llevaba al conuco. Mil temores la asediaban; el ruido de los árboles, mecidas sus ramas por la fresca brisa del mar, la hacía estremecer; por de pronto el ruido seco de un objeto pesado que cae al suelo la deja inmóvil, no se atreve a volver la cara y aguarda por momentos la presencia del hombre que teme.

—María, déjame coger aquel coco que acaba de gotear.



Estas palabras de su hermanito la vuelven en sí y la hacen cobrar valor, coge la mano del muchacho que contento vuelve con la fruta que acaba de caer, y con apresurados y temerosos pasos llega al conuco, entra en el platanal y derriba un racimo ya en sazón, pero una voz bronca, una voz bien conocida suena a su oído, Juan se le acerca y le dice:

—¿Habéis creído, María, que yo podía olvidarte? Si así lo has pensado ha sido un error tuyo. La desagradable muerte de tu padre y otros contratiempos me habían imposibilitado de acercarme a ti y decírtelo; también esperaba que el amor que tenías a Manuel se apaciguase, pero ya que la ocasión se presenta tan favorable y que el tiempo no es bastante para gastarlo en prosa, tengo extremo gusto en decirte que es preciso que hoy decidamos aquella larga querrela que tenemos pendiente desde hará cinco años; en fin, hoy, ahora mismo, se sabrá si yo he de poseerte o no.

—Será posible, Dios mío —dijo María, cruzando las manos en actitud de plegaría—, que el asesino de mi padre...

—Detente, María —replicó Juan—, ya sé que vas a soltar la tarabilla y decir mil boberas; yo no fui asesino de Tomás; reñimos, ambos teníamos un sable en el combate.

—Váyase usted, Juan, váyase, no tiene a Dios.

—¡Irme, irme! ¿Juzgas que ando aún aquí por solo el placer de andar? No. Antes de anoche no fui al bohío porque hasta ayer no supe que Manuel estaba ausente; anoche si Feliciano no hubiera dormido en él hubiera sucedido lo que quiero ahora suceda.

—¡Socorro, Dios mío! —dijo la joven, sintiéndose agarrar, luego cobrando fuerzas en su misma flaqueza por una enérgica resolución—: No, no —dijo—, antes me mataréis como habéis matado a mi padre.

—Ahora lo veremos —dijo Juan.

Y una lucha, desesperada por parte de María y espantosa por parte de Juan, se trabó en los dos.



CAPÍTULO XII

El capitán y su gente entrando en la selva, habían dado algunos pasos en ella, cuando Feliciano, deteniéndolos, dijo al primero:

—Capitán, el marchar apelonados se me figura no dará otro resultado que tener menos probabilidades de coger a Juan, hombres cual este ven de muy lejos y tiene el oído fino; por consiguiente sería mejor que nos separemos en cuatro escuadras, rodeemos el monte y entremos por cuatro puntos diferentes a reunirnos en el centro.

—Caramba —contestó el capitán—, usted parece que ha hecho la guerra, Feliciano, puesto que me da un consejo de ataque tan combinado.

—Perdone —dijo, con aire suficiente Feliciano—, en el año 1809, cuando el sitio de Santo Domingo, me hallé en el ataque de San Gerónimo bajo las órdenes del capitán Sandoval, oficial valiente, a fe mía, que en medio del fuego se terciaba el sombrero con aire sandunguero. Buen tiempo era ese, y aunque los franceses nos caldearon un poco, siempre se logró nuestro intento.

—Y ahí fue que usted aprendió sus planes de ataque —dijo un montero.

—No fue ahí ni en parte —contestó Feliciano—; yo he dado una opinión; ahora si es mala, haced lo que mejor os parezca.

—No es mala, caramba —dijo el capitán—, y voy a ponerla en práctica. Tú, Cortorreal, coge la playa con cuatro hombres



y entra por Caño Colorado. Usted, teniente Pacheco, coja con tres por el sur, llegue hasta Madre Vieja del Helechal y revuelva por el interior. Usted, Feliciano, quédese aquí con cuatro hombres, hasta que yo dé vuelta al conuco y entonces diríjase al centro. Nos encontraremos al pie de las dos matas de coco que están en medio del monte.

Dicho esto se separó cada uno por el lugar indicado.

Volvamos ahora al conuco.

El hermanito de María, espectador de las angustias de su hermana, creyendo que Juan pretendía matarla, corrió dando gritos en dirección al bohío; dábale el miedo alas y en un instante se halló fuera de la cerca y en la senda que conducía a la casa.

—¿Qué te han hecho, muchacho? —le gritó el capitán que a la sazón atravesaba del bosque con la parte de gente que se había reservado para hacer lo proyectado—. Ven acá y dime por qué lloras.

—A María la está matando un hombre en el platanal —contestó el muchacho sollozando.

—Apuesto que es ese demonio de Juan —dijo un montero—; capitán, a él, al platanal.

Y sacando sus sables, corrieron al lugar indicado por el muchacho.

Era tiempo que este socorro llegase, porque María en la agonía de sus fuerzas, el cabello suelto y aporreada, solo oponía al brutal ataque de Juan la última resistencia de la desesperación aniquilada. El estrépito de la carrera de los monteros, el rompedero de las hojas de plátanos que en la precipitación no evitaban, había pasado inapercibido de Juan, quien aguijoneado por los deseos, reconcentrado en su frenesí y viéndose al obtener el objeto de la lucha, olvidaba el mundo entero. En esta posición fácil les hubiera sido cogerlo, si al percibirlo no hubiesen prorrumpido en votos y juramentos que la cólera les arrancaba. Entonces emprendió la fuga perseguido por todos a la vez, salvaron las empalizadas y se internaron en



el bosque. Cual un jabalí acosado por perros, Juan dirigía su torva mirada a la distancia cada vez más larga que ponía su carrera entre él y sus perseguidores, las dificultades del terreno mucho lo favorecían, y un hombre que teme ser cogido dobla su natural velocidad y lleva mucha ventaja a quien lo persigue: muchas veces los monteros lo habían perdido de vista, y Juan esperaba escapar, cuando se sintió agarrar y detener en medio de su carrera por la mano fuerte de Feliciano. Tal un caballo brioso, lanzado al galope, obedece a la diestra mano que lo dirige, pliega los corvejones, sacude el freno y se para, así Juan detenido por la vigorosa mano que inopinadamente lo agarra, se encorva por su impulso, se echa hacia atrás y saca su sable, pero un furioso machetazo le derriba sin vida.

—Tal había de ser el fin de este pecador —dijo Feliciano a Manuel, que acababa de hacer este golpe—; mató él a Tomás sin merecerlo, y debía ser el marido de su hija, el protector de su vida, que debía matarlo.

Manuel había ido, como dijimos, a ver a su padre, pero la noticia de su muerte era demasiado cierta; la tarde que lo enterraron llegó, y pasó dos días llorando y consolando a su desconsolada madre. Más días la hubiera acompañado si la noticia de la evasión de Juan no llegara a su oído por medio del capitán de ese partido a quien había sido pasada la circular concerniente al caso y que en su visita de pésame la contó. Saberlo y montar a caballo todo fue uno; prometió a su madre volver pronto, y llegó al bohío al tiempo que María estaba en el conuco.

Teresa le contó la batida que hacía el capitán, y el intrépido joven no quiso permanecer en casa y se puso en campaña. Dio la causalidad de topar con Feliciano y su gente en el mismo instante en que Juan todo azorado por la persecución caía en este grupo y era agarrado por Feliciano, entonces al verlo sacar el sable no pudo contenerse, sacó el suyo y sucedió lo que ya dijimos.

Los monteros, convencidos que fueron de la muerte de Juan, cortaron cuatro gruesas ramas, y aguzando sus puntas



a guisa de coas, cavaron una sepultura para enterrarlo, luego se encaminaron al bohío donde encontraron a María no bien repuesta del susto, y que cayó en los brazos de su esposo, con el sentimiento que debe experimentar el náufrago que arriba a una playa conocida, después de la borrasca en que ha estado a pique de perder la vida.



Sobre el autor

PEDRO FRANCISCO BONÓ MEJÍA (1828-1906). Intelectual y patriota dominicano. Inició los estudios sociológicos de la realidad y la historia dominicanas. Como político fue defensor de la soberanía nacional y de la participación democrática del pueblo.

Nació el 18 de octubre de 1828 en la ciudad de Santiago de los Caballeros, en el seno de una familia de comerciantes. Desde su niñez hasta su juventud vivió en Puerto Plata. Volvió a su ciudad natal, donde permaneció hasta 1865, año en que fijó su residencia en el poblado de San Francisco de Macorís.

Desempeñó importantes responsabilidades públicas en la provincia de Santiago. En 1851 fue fiscal, en 1854 diputado al Congreso y al año siguiente ocupó el cargo de procurador fiscal del Tribunal de Justicia Mayor. Como legislador concibió la inmunidad diplomática, propugnó por un gobierno federal para enfrentar la centralización y las guerras civiles, además creó un plan estratégico de combate, el cual fue consensuado luego con Matías Ramón Mella; planteó la reorganización del ejército y la creación de un Banco Nacional.

En 1856 fue senador, curul al que renunció para fungir como abogado defensor público durante un año. De ahí pasó a ser responsable de la Comisión de Interior y Policía en el gobierno revolucionario de julio de 1857 y diputado al Congreso Constituyente de Moca hasta 1858, que reconoció sus aportes en la comisión redactora de la constituyente, considerada la más liberal del siglo XIX.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En este mismo año salió exiliado hacia los Estados Unidos a consecuencia del retorno de Pedro Santana al poder, quien suprimió la República en 1861. A su regreso, fue designado para diferentes cargos en el Gobierno restaurador (1863-1865). Fue ministro de Guerra, de Relaciones Exteriores y de manera provisional ocupó la cartera de Hacienda, a la que renunció en 1864, tras el golpe de Estado contra José Antonio Salcedo (*Pepillo*). Protestó enérgicamente en contra de su fusilamiento en la playa de Maimón y se retiró a su casa en San Francisco de Macorís, sin asumir más funciones de carácter oficial.

Volvió de nuevo a la escena política después de la evacuación de los españoles, al ocupar el cargo de ministro de Justicia e Instrucción Pública y secretario de Relaciones Exteriores durante el corto gobierno del general José María Cabral y Luna. En ese momento hubo un renacer educativo y contrató a Ramón E. Betances como técnico asesor extranjero para la educación superior.

Durante los seis años del gobierno de Báez, fue obligado a aceptar la alcaldía de San Francisco de Macorís, donde sufrió las presiones del dictador para que apoyara la anexión a los Estados Unidos. Su humanismo se percibe como colaborador de las obras humanitarias del Padre Billini.

Ejerció la medicina práctica como médico popular en campañas de vacunaciones contra la viruela. También se dedicó a la destilación de alcoholes, cuyos beneficios utilizó con fines filantrópicos. Viajó a Europa en 1875, donde profundizó sus estudios.

Demostró vocación de servicio y desinterés personal al declinar responsabilidades de primer orden en la estructura política para convertirse en regidor de Ayuntamiento Local o comisionado de Agricultura en La Vega en 1876, puesto que aceptó sin obtener sueldo alguno por su amistad con el presidente Espaillat.

Entre 1881 y 1886, Gregorio Luperón y otros líderes del nacionalista partido azul le ofrecieron la candidatura a la presidencia de la República, la cual rechazó en cuatro oportunidades.



Se caracterizó por asumir responsabilidades públicas variadas, desde las que intentaba incidir en las políticas públicas, por lo que consideró que al asumir la presidencia en los esquemas reinantes de la cultura política del país, no iba a poder aportar las ideas que defendieran a la población dominicana.

Rechazó la ideología del progreso, que denunció como pretexto para despojar a los trabajadores, así como la expansión del cultivo de la caña de azúcar y del cacao, los cuales calificó como cultivos oligarcas. Propuso vías para afianzar el desarrollo democrático compatible con la equidad social con reformas que dieran al traste con los males de su época, como licenciar el ejército para crear la Guardia Cívica y establecer un sistema educativo nacional. Como planificador de infraestructuras, percibió la importancia de la apertura de caminos. Fue redactor de importantes documentos oficiales, cumplió misiones en calidad de comisionado de guerra y fue enviado en labores diplomáticas ante el gobierno de Fabré Geffrard, en Haití.

Murió el 14 de septiembre en San Francisco de Macorís a la edad de 78 años. Por el Decreto 303-88 se dispuso el traslado de sus restos desde el cementerio municipal de San Francisco de Macorís a una urna especial en el Panteón Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

EnCaribe. Enciclopedia de historia y cultura del Caribe. Disponible en: <http://www.encaribe.org/es/article/pedro-francisco-bono>



Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.



- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.*
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908). José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.*
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916). José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.*
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922). José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.*
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.*
- Vol. XX *Lili, el sanguinario machetero dominicano. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.*
- Vol. XXI *Escritos selectos. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.*
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.*
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.*
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.*
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.*
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.*
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.*
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.*
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos. Santo Domingo, D. N., 2007.*
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.*
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.*
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia). Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.*



- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII.* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain.* Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer.* Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546).* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años inborrables.* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.



- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilmarias. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas. Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961). Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961). Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670). Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916). María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.*



- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.



- Vol. LXXXV *Obras*. Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras*. Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas*. María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos*. Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro*. José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.



- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.



- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos).* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables (2^a ed.)* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948).* Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas.* Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas.* Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos xv-xix,* Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo.* Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.



- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralia dominicana.* Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011).* Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia.* Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856.* Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL I *Yo también acuso.* Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos.* Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos.* Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos.* Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal.* Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno.* Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial.* Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575).* Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863).* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad.* Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia (2^{da} ed.)* Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.



- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen I. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolio. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.



- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos 1930-1939*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.



- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacocismo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona*. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Album de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3ª edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.



- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^a edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts*. Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez*. Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844)*. Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.



- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites*. Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico*. Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario*. José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República*. Yoel Cordoví Nuñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York*. Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas*. Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente*. Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959*. María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones*. Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.



- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI. *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI. *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI.II *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guanani y Mayaguáin, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heurieux (Lilís)*. Cyrus Veesser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.



- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre.* Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era.* Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo.* Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos.* Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio.* Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana.* Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana.* Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 1, tomos I y II.* José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 1, tomos III y IV.* José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias.* Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos.* Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista.* Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.



- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931.* Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre servientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldivar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014).* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives).* Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana. Tomo I.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana. Tomo II.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy.* Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello.* Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominicano-haitiana 1763-2015.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití.* Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.



COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo XIX).* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína.* Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.

COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve.* Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación.* Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos.* Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.





***El montero*, de Pedro Francisco Bonó
se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de Editora Centenario S.R.L.,
en octubre de 2017, Santo Domingo, R. D.
con una tirada de 1,000 ejemplares.**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por muchas razones este relato de Pedro Francisco Bonó debiera ser leído por todos los dominicanos, pues dio inicio al género de la novela en la República Dominicana. Fue una obra solitaria, al grado de que habría que esperar décadas para que aparecieran otras novelas en el país.

Bonó abordó por primera vez una consideración social sobre el devenir histórico del pueblo. Su punto de mira fue la evolución del mundo agrario, con el objetivo de explicar la génesis del campesinado, sector social al que atribuía el protagonismo principal en la constitución de la comunidad nacional.

El Montero contiene un valor literario intrínseco. Aunque la trama es simple, la extensión del texto breve y los personajes tienen una definición bastante limitada, cumple a cabalidad con el propósito de recoger el estilo de vida de la gente del campo. La empatía con que observó ese mundo dio lugar a que la novela adquiriera el valor suplementario, inherente por demás a toda obra literaria de valía, de informar sobre los contornos de su época. En buena medida, Bonó efectuó una radiografía de la cultura rural decimonónica. Por ello, este pequeño libro contiene un extraordinario valor para conocer lo que fue la vida del campesinado en el siglo XIX. Es probable que ninguna otra obra literaria o ningún tratado sociológico—incluidos los del propio Bonó— informen sobre la vida del mundo campesino como lo hace *El Montero*. A pesar del localismo de la narración, ubicada en la entonces remota costa del Nordeste, en las cercanías del Gran Estero y otros puntos de Nagua, se puede apreciar el universo de la vida rural. Es probable que el aislamiento y el hábitat disperso de estos campesinos fuesen integrados adrede como expresión límite de un conglomerado social distante de los escasos centros urbanos, dotado, por consiguiente, de parámetros culturales diferenciados.

Bonó, fuera de duda, quiso dotar de humanidad digna a esta gente, aunque, como era inevitable, él se situase desde fuera y no pudiese evitar proponer juicios de crítica social y cultural. Pero aun estos señalamientos guardan importancia para la historia intelectual. En la lectura de estas páginas se aprecia que el examen de la producción literaria, e intelectual en general, abre el camino a un enriquecimiento de la historia social.

ROBERTO CASSÁ



ISBN 978-99-45-90729-2



9 789945 907292



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

